

Jada Sirkin

# yo, cuento

(y otros cuentos)



*El Malentendido*  
libros digitales

YO, CUENTO  
(Y OTROS CUENTOS)

JADA SIRKIN

*El Malentendido*  
Libros Digitales

Primera Edición: 2017

Segunda Edición: 2018

Edición y diseño: Jada Sirkin

[www.jadasirkin.com](http://www.jadasirkin.com)

*El Malentendido* – Libros Digitales

Contacto: [jadasirkin@gmail.com](mailto:jadasirkin@gmail.com)

En foto de tapa: Rodrigo Soloeta, Dama David

**LIBRO PARA REGALAR**

Este libro tiene derechos libres para su libre descarga en:

[www.jadasirkin.com](http://www.jadasirkin.com)

## YO, CUENTO

## ÍNDICE

|  |    |
|--|----|
| JOHN ESTÁ FELIZ                                      | 9  |
| ASÍ COMO SOS VOS                                     | 12 |
| DEJA QUE TE TOQUEN ESAS MANOS                        | 21 |
| SÓLO LA HISTORIA DE GABRIEL                          | 28 |
| NO RESPIRES, COCODRILO                               | 39 |
| UN ESCRITOR DE FICCIÓN EN UNA REUNIÓN DE PERIODISTAS | 43 |
| MENTIRAS DESORDENADAS / ENCUENTRO EN LA REDONDA      | 59 |
| YO, CUENTO   | 78 |

## ADVERTENCIA

Quería empezar diciendo algo así como: PELIGRO, usted está por entrar en... Y ahí no sabía qué más poner; aparecían cosas como: usted está por entrar en el mundo real de la ficción. O: usted está por entrar en la ficción del mundo real... Lo cierto es que todo esto es ficción, sí, y a la vez es muy real; es más, parece que cuanto más ficción, más real; y cuanto más real... Lo *incierto* es que, además, aunque lleve mi nombre, este libro fue escrito por un montón de personas, personas reales y de ficción, muy muy reales porque muy de ficción, porque así somos, parece, tan de cuento. Estos relatos fueron escritos por esas vidas, y por el encuentro de esas vidas con “mi” mirada: este libro nace, parece, del encuentro de vidas y miradas; y así, intenta dar cuenta (*a fin de cuentos*, como diría R) de algo de cómo las vidas son miradas... y las miradas, vividas (bi-vidas). A todas esas máscaras humanas, y a las máscaras detrás de ellas, menos o más humanas, y a este entramado de relatos y novelas (que por momentos parecen gobernar nuestras vidas), y al espacio entre esas historias y esas novelas (espacio de posibilidades y de liberaciones), a todxs les dedico este Livro: a R, mucho, con su cuento irreal que dio chispa a este compilado, GRACIAS, y a C y a R, y a todo el amor entre esas dos letras, el amor que las une y a la vez las

diferencia, y a los cocodrilos que avanzan entre ellas, y a esas ganas furiosas de blanquearlo todo, y a las serpientes de contrabando, y a mí mismo en tanto que nombre secreto, o no tan secreto, inventado, reinventado, dentro de los relatos. Sí, más que una advertencia esto es un reconocimiento, y un gran agradecimiento, con todas estas criaturas (bichos, almas, narradores) y con todas sus historias y todo su amor al compartirlas: GRACIAS por entregarnos, a sabiendas o no, al desmenuzamiento atroz y tierno al que nos sometemos en este viaje por el escenario de la Honestidad.

Jada

*Hay a lo largo de esta carta una nota falsa que esconde de ti mi yo real, que es simplemente el loco-niño que soy... y discúlpame por decir que estás lleno de mierda, de hecho. No sé qué pensar o qué decir, Allen, y así es que empieza... me refiero a ¿por qué pensar? ¿por qué decir? déjenme sólo ser. Hiciste bien en mandarme la foto. Seamos dioses que no dicen mucho, sólo parados ahí como esos dos hombres en la playa mirando el océano.*

Jack Kerouac, carta a Allen Ginsberg, 1948  
(*Jack Kerouac and Allen Ginsberg: The Letters*)



## JOHN ESTÁ FELIZ

*No se trata de que este mundo siga siendo comentado, criticado, denunciado. Vivimos rodeados de una niebla de comentarios y de comentarios sobre comentarios, de críticas y de críticas de críticas, de revelaciones que no desencadenan nada, salvo revelaciones sobre las revelaciones. Esta niebla nos despoja de todo asidero en el mundo.*

Comité Invisible

Mi amigo Rony me manda un mensaje desde Nueva York. Una vista aérea de la ciudad y una foto de su hermano John, el bombero, que se acaba de casar con una actriz. Después de dar algunas vueltas, Rony me cuenta que su hermano se va a Texas, adonde tendrá un entrenamiento militar de tres semanas en una zona peligrosa del suburbio.

—Qué mejor que mandar a los soldados a entrenar en esas calles del mundo donde en vez de pájaros vuelan balas.

Si sobrevive, John vuelve a Nueva York, adonde tendrá su fiesta de casamiento, para a los pocos días viajar a Afganistán.

—¿Va a luchar? —le pregunto a Rony en un mensaje.

—Va como enfermero en campo de batalla —escribe.

Me pregunto qué es lo que se dice en estos casos, qué se le afirma a un amigo cuyo hermano parte hacia la guerra.

—¿Cómo te sentís? —pregunto.

—Confundido.

—¿John está obligado o lo hace porque quiere?

—Quiere...

—Cada loco con su tema —escribo, y busco, mientras espero la respuesta, palabras para tranquilizar.

—John perdió muchos amigos en las Torres Gemelas — escribe Rony—, quedó con el corazón endurecido hasta que la conoció a Tina, que le hizo muy bien. Tal vez todo esto sea un cierre de algo...

Un mes más tarde Rony me manda fotos de su hermano, ya en Afganistán. En una de las fotos, un robusto John apunta con una metralleta. Se ve divertido, pleno. La otra imagen es de un grupo de soldados delante de un helicóptero. Parecen un equipo de fútbol, y también parecen estar adonde quieren estar. El mensaje de texto con el que Rony acompaña las fotos es:

—Mi querido hermano.

—Qué impresión —respondo—, ¿cómo te sentís?

—Se ve feliz, lo cual me da confort, y me quita el asco.

No sé por qué, escribo:

—Feliz / confort / asco.

Y él dice:

—Es raro, me siento un poco triste.

—Mmm —le pongo, asumiendo que entiende que *mmm* es un sonido de comprensión y de empatía—. ¿Qué te entristece?

Mientras espero su respuesta, antes de ver qué dice, me pregunto si lo que le entristece es que su hermano sea feliz en la guerra.

Escribe:

—Me entristece que está metido en aquel sistema bélico, manejo de poder, el negocio de Trump. ¿Y para qué? Para

una pensión favorable. Me entristece la ignorancia.

—¿Cuál ignorancia? —respondo sin pensar.

Después de unos segundos, como si no pudiera contenerme, repito y agregó:

—¿Cuál ignorancia? Vos estás triste y él está contento.

Apoyo el celular en la mesa y después de unos minutos descubro que mis dedos no dejan de jugar con el aparato. Tengo desactivada la función para ver si el otro recibió el mensaje, así que no sé si Rony recibió el mensaje. Pienso en esos tics azules que te informan que el otro ya escuchó tus palabras, pero que por alguna razón aún no responde.

Mientras espero, y tal vez porque no recibo respuesta, me pregunto si acaso las palabras tienen el poder para mover las cosas. Quedo suspendido en la duda, en la pregunta de si era momento para cuestionar, o si debí haberme callado.

Para hacer de la espera un territorio amigable, escribo estas líneas. Y deberé seguir escribiendo, hasta que el otro exprese.

## ASÍ COMO SOS VOS

*Cuando digo algo, pierde inmediatamente y de forma definitiva su importancia; cuando lo escribo, también la pierde siempre, pero a veces gana una nueva.*

Franz Kafka

Te cuento esto porque es para contar. ¿Cómo te das cuenta de que algo es para contar? Yo me di cuenta esa noche, cuando una historia vino a duplicar a otra.

A las once de la mañana tenía una reunión de trabajo con mi amiga Eli. Como la vez anterior Eli había llegado una hora tarde, esta vez prometió ser puntual. No lo logró, llegó a las doce. En el pasillo le pregunté si habría llegado tarde si yo no fuera su amigo; dijo que probablemente no, pero que no daba más, que todo la sobrepasaba, que se le habían ido las cosas de las manos.

—Disculpáme.

Cuando entramos me di cuenta de que tenía la tentación de castigarla, de aprovechar su llegada tarde para ganar algún punto, para sacar ventaja en un juego que, ahora que escribo, pienso que ni existía, que ni existe, o que más bien existe todo el tiempo, pero sólo como una posibilidad.

Entonces ahí, con Eli mirándome como un perro consciente de su error, descubro la posibilidad de jugar el juego del error. Y me pregunto cómo no hacerlo. También me pregunto cómo no darle demasiada importancia, sin tampoco quitarle importancia. Cómo no ponernos solemnes, cómo no ponernos rebeldes. Eli me muestra su

agenda, un cuaderno destartado al que llama agenda; la tapa está húmeda y marrón, parece que de varios cafés volcados. Acordamos, mientras intentamos acomodar los papeles que caen de ese impresentable cuaderno con olor a café, en que estamos haciendo demasiadas cosas, y que no damos abasto, y que venimos organizando nuestras vidas todo tan así para vivir corriendo. Charlamos un rato y, despejado el asunto, nos sentamos a trabajar; pero cuando estamos por empezar, Eli me comenta, como al pasar (aunque no tanto) que después quiere contarme otra cosa.

Hacia un lado, entonces, la reunión de trabajo; y al otro, una de esas conversaciones que no saben (ni quieren) esperar. Nos miramos de reojo, como si se supiera que no vamos a esperar.

—¿Contarme después? —le digo—, dale...

No hace falta insistir. Primero, lo que la pone contenta: su hermano va a mandar a la hija a acampar diez días con ella (la sobrina de Eli vive en Brasil). La nena, en verdad ya tiene quince, viajará desde Sao Paulo a Buenos Aires y de ahí a Córdoba. Eli aún no tiene su enero planeado, así que comparte con su hermano todo el abanico de posibilidades para organizar la llegada de la pequeña. Arroja sobre la mesa todas sus opciones, que incluyen la de que para ese momento Eli ya esté en Córdoba y que algún amigo suyo vaya a buscar a su sobrina al avión.

—Ah... —parece que responde el hermano, y después le dice, como al pasar, algo así como que no vaya a dejar a la nena varada por ahí—. Porque... así como sos vos —le agrega—, no la vas a dejar esperando mil horas en el aeropuerto de Buenos Aires.

Cuando me cuenta, a Eli se le humedecen los ojos.

—¿*Así como soy yo?* —cita y pregunta—, ¿*así cómo soy yo?*

Me dice que le dolió, y que le duele, mucho, que su hermano no confíe, que tenga esa idea sobre ella, que no haya actualizado la imagen que tiene de su hermana, imagen que habrá sido forjada hace ya muchos años...

—Cuando todo era muy distinto.

—¿Qué es lo que te duele? —le pregunto.

—Me duele que no confíe.

—¿Cómo sabés que no confía?

Ahí Eli se me queda mirando, y no responde; por mi parte, noto que se me mueve la boca, a mí, que la boca se me pone así como cuando algo nos quema. No el sonido, pero sí la forma, en la boca, de cuando algo nos quema. Después creo que miro al suelo, como para intentar arrepentirme de haber dicho esto último, y Eli me dice que siempre tuvo un idilio con su hermano mayor, que siempre lo idealizó, y que tal vez lo pone en un lugar como de padre, acaso desde que su padre se fue.

No digo, por supuesto, que eso ya lo venía pensando. Ella, mientras yo calculo palabras que nunca diré, insiste con que le gustaría que su hermano la viera diferente.

—Si él piensa eso de vos —se me escapa—, es él quien lo piensa, no vos.

—Sí... ¿Y?

—La pregunta es por qué te duele, ¿no?

—No sé, no, no. Me encantaría que él pensara de otra manera. Ya tengo casi cuarenta, no soy más una nena irresponsable.

—Tal vez tu hermano tiene miedo, está mandando a su hija sola a otro país.

(Ya estoy hablando mucho.)

—Sí —dice ella—, alguien me dijo lo mismo.

Se me cruza por la cabeza, a una velocidad infernal, la idea de que Eli ya habló de esto con otra persona (con otro amigo), y no puedo evitar pensar, no sé por qué, algo así como que tengo que hacer diferencia.

—¿No tendrías un poco de miedo si mandarás a tu hija a otro país? —intento.

—Un rato después le mandé un mensaje —¿escuchó lo que le dije?—, preguntándole por qué había dicho eso de que *así como sos vos*. Dijo que hace años pasaron algunas cosas que le hacen pensar de esta manera, que él tiene sus imágenes de mí y que yo seguro tengo mis imágenes de él.

—¿Adónde las tienen? —digo.

—¿Qué cosa?

—Las imágenes, ¿adónde las guardan?

Eli se ríe, más bien sonrío, o ni eso, tal vez ni eso, y sigue:

—Le pregunté cuáles eran esas cosas que pasaron, pero no me quiso decir. No quiere hablar, no le gusta hablar... Me gustaría que le guste hablar conmigo.

Asiento. Ahora sólo asiento.

—Dale —sigue—, somos hermanos, ¿por qué no podemos hablar?

—Tal vez a él no le gusta hablar —(¿quién mueve mi lengua cuando hablo?)

—Bueno, pero dale...

Y se queda pensando, como si algo se estuviera acomodando, o desacomodando. Y después de un momento:

—¿Será que no puedo cuidar bien a mi sobrina? ¿Será que él tiene razón y que en verdad no puedo ni cuidarme a mí misma?

No digo nada. Pero pienso que quiero dejar de preocuparme, de calcular, de querer saber si es momento para cada cosa. Eli, después de un respiro, relaciona la situación de su hermano con esta sensación que tiene de que todo la sobrepasa. Su llegada tarde de hoy es parte de ese baile, dice, cosas y cosas que se le van de las manos, que no puede organizar, que no puede cuidar, como si el comentario del hermano le hubiera hecho dudar de sí misma, o más bien, dice, como si le hubiera reflejado su propia duda, y algo de que esa duda, como si tuviera el poder de montar un escenario para auto-confirmarse, se expresa en sus días de desborde.

—Es una teoría —digo, después de su reflexión—, puede ser...

—Estoy desbordada.

—Te sentís desbordada —le corrijo, y no sé si sentirme un intruso.

—Sí —dice, y se pasa las manos por los ojos ya llorosos, y me sonrío y yo le sonrío, y pareciera que entre nosotros hay un puente, o que ni siquiera un puente, como si los dos fuéramos la misma cosa, el mismo mundo. Eli, amiga mía, ¿por qué me conmueven tanto tus cosas y tu mundo?

A la noche, a la salida del Instituto, una alumna me dice que está agotada. Es cierto, en el último rato de clase casi se dormía y ahora su rostro parece estar como cayendo. Caminamos unas cuadras y me cuenta: está con mucho



trabajo y no sabe si podrá seguir estudiando. No llega, dice, es la época del año. Le digo que justo hoy con una amiga estuvimos hablando de esto, de cómo nos armamos estas vidas tan así para correr.

—Sí, pero no es eso —me interrumpe—, te voy a contar.

Y me cuenta:

—Yo estoy tensa por el nacimiento de mi nieta.

—Ah —digo—, ¿cuándo nace?

—En un mes.

Asiento, es decir, muevo la cabeza para decir que entiendo. Y ella me habla de una amiga, que tenía a su hija embarazada; su amiga, que iba a ser abuela, le mandaba fotos todas las semanas, fotos de la panza de su hija, que crecía.

—En la semana 39 me mandó una foto, fue un sábado, estaba todo bien. El lunes, la beba tuvo una muerte súbita.

La amiga, que necesitaba hablar, le contó cosas que ella no necesitaba escuchar. Le explicó detalles de lo que hicieron con el cuerpo muerto de la beba, adónde lo llevaron y adónde lo guardaron.

—Yo no quería saber, pero ella necesitaba hablar.

—Claro —lo único que puedo decir.

Seguimos caminando y ella sigue contando; yo sé que en una cuadra se desvía y tengo la sensación de que antes quiero hablar. Quiero llegar a decir.

—Tengo *cuiqui* —dice ella, como si finalmente hubiera encontrado su palabra, como si hubiera llegado a un lugar hecho por una sola palabra.

Después repite, *cuiqui*, vuelve a hablar de su miedo y se señala la cabeza:

—Eso te...

—Te estresa —le completo, y creo que llego a sentirme útil.

—Sí —dice, y ahí, fugaz, pienso en Eli, en sus miedos, en los del hermano, y estas vidas que nos armamos, tan así para correr.

Tan así para temer.

—Tengo cuiqui —repite mi alumna, y de pronto, como si no hubiera más para decir, me da un beso y se aleja.

Y yo me quedo como con un algo en el aire, tal vez unas ganas de responder, de opinar, de ayudar; proponer otra versión para las cosas, un punto de vista nuevo, algún consejo o al menos la pregunta:

—¿Qué hacemos con el miedo?

La veo alejarse por una calle oscura y se me ocurre la posibilidad de llegar a casa y mandarle un video inspirador; a mi alumna, digo, pienso, pero en seguida me parece una locura, un exceso. La veo desaparecer y me pregunto para qué me contó todo esto de la beba; para qué me contó su historia, si después no me dejó responder, si se alejó con su temor intacto.

Camino a casa, veo una imagen un poco arbitraria: me veo intentando dispararle a un pato; cuando aprieto el gatillo me doy cuenta de que el rifle está descargado; miro alrededor y la gente se ríe. Después, no sé por qué, pienso en Sísifo, y en la frustración y, de pronto, descubro que estoy conversando con mi alumna, adentro mío. Le digo varias cosas, le hablo de Sísifo, de la frustración y de la importancia de cargar la escopeta cuando uno va a cazar; hasta menciono algunos conceptos astrológicos; sí, pero no me escucha, así que me pongo a escribir. Escribo todo

esto, la mañana, la noche, mi amiga, su hermano, mi alumna, su amiga, la beba.

Le mando a Eli un mensaje con el texto y un comentario sobre lo increíble de cómo las historias se conectan.

Después de un rato responde:

—¿Por qué tu alumna te hizo pensar en mí?

—Me hizo pensar en tu hermano, en el miedo —le digo—, me quedé preguntándome qué hacemos con nuestros miedos, adónde los metemos.

Eli me responde que a la tarde se encontró con otra amiga y que le contó lo de su hermano, y que la amiga le dijo que bueno, que pensara que su hermano es un delirante, que no es raro que le haya dicho cosas así, que no es tan raro que tenga miedo por su hija.

—No entiendo —respondo—. ¿No es raro porque es un delirante?

—Tu hermano viajó con una serpiente en el avión —le recordó la amiga, y Eli entendió que claro, que su hermano definitivamente *es un delirante* y eso, no terminé de entender por qué, la tranquilizó.

—¿Cómo que viajó con una serpiente en el avión? —le escribo.

—Hace mucho, mi hermano vino de Estados Unidos y se escondió una serpiente en la manga del saco, viva, enrollada en el brazo, y se subió al avión.

—???????????? —le pongo.

—¿Entendés de lo que te hablo? Se subió a un avión en Estados Unidos con una serpiente de contrabando. Imaginate, se quedó dormido y cuando se despertó la serpiente no estaba... La encontró dando vueltas por el avión.

—¡No!

—Sí —dice Eli—, por eso te digo, mi hermano está re loco.

—¿Eso te lo contó o viste la víbora de verdad? ¿Cómo sabés que era verdad?

—La tuvo un tiempo en casa, tuvo la serpiente dando vueltas por la casa...

Eli se ríe y el mensaje de audio se corta. No entiendo qué tiene que ver lo de la serpiente, no entiendo por qué Eli habló con su amiga si ya había hablado conmigo. ¿Para qué habló conmigo si después hablaría con su amiga? Ahora, Eli está tranquila. ¿Y yo? Yo vuelvo a sentir que me invitaron a cazar con un rifle descargado; o que me invitaron a rebanar la cola de una lagartija, pero sólo para después verla regenerarse; veo de nuevo a ese hombre intentando trepar una montaña (tropieza, vuelve a intentar, tropieza), y no sé por qué pienso en el hígado, que se regenera, como la cola de la lagartija, y como la frustración, y me siento inquieto; es, creo, la inquietud que me agarra cuando voy a subir a un avión; es la sensación (o la idea) de que siempre llevo algo ilegal en la mochila.

¿Contar todo esto me puso así?

Intento hablar de una incomodidad, pero me frustró; no encuentro las palabras, no alcanzo a llegar a ese lugar adonde espera la palabra justa. Ese lugar hecho por una sola palabra.

¿Por qué me siento así? Incómodo, intruso, ilegal... ¿Me decís por qué me siento así? Si tuviera que explicar cómo me siento, diría que es como si estuviera volando en un avión, con una víbora de contrabando en la manga de mi abrigo.

## DEJA QUE TE TOQUEN ESAS MANOS

*Se requiere de un solo instante para poder reinterpretar toda una vida.*

Sergi Torres

Debía ser bombero. Tenía que ser bombero porque durante la cena hizo dos o tres comentarios que sonaron como a incendio. Ana, que estaba sentada en otra mesa, lo escuchó (de lejos); y cuando logró acercarse el hombre ya había bebido demasiado y no tenía más para decir. Era llamativo cómo su camisa había sido arremangada con prolijidad; esos antebrazos tenían que ser los de un bombero. Cuando vino el vals el hombre sacó a bailar a la festejada, que se suponía era su sobrina. Qué ternura ver a un bombero bailando el vals, pensó Ana, ese cuerpo que habría rescatado a un sinnúmero de criaturas indefensas de la asfixia, de las llamas.

A la mañana sirvieron el desayuno. El bombero había atravesado la extensa celebración con frescura y se veía más despejado que nadie. Para un hombre acostumbrado a atravesar el fuego, una fiesta de quince no es sino un inofensivo show de chispas. Ana, lista para ser rescatada, se enjuagó la cara y se sentó a su mesa.

—No —dijo el hombre, mientras su mano dudaba entre el café y la medialuna—, soy policía.

Y la miró de reojo, como con vergüenza, o al menos con cierta noción del peso de su última palabra, *policía*. Sería imaginable un catálogo de todas las reacciones que este hombre, a lo largo de sus veinte años de servicio, recibió

en el momento de comunicar:

—Soy policía.

Entre las reacciones más ambiguas encontraríamos la de Ana. ¿Cómo reacciona alguien cuando no sabe cómo reaccionar? Policía, no bombero. ¿Qué pasaba entonces con la imagen de esos brazos sacando a una criatura indefensa de una catedral en llamas? Policía, en principio, significaba: *no bombero*.

—¿Pero el cuerpo de bomberos no pertenece a la policía?

—Sí —él estaba confundido o resignado—, pero un bombero es un bombero.

—Ah —dijo ella, y sus ojos se aferraban como garrapatas a esos antebrazos, lo único que sobrevivía al naufragio de su fantasía. Y él, después de un minuto, cerró los puños de su camisa y con una mano palmoteó las arrugas de la manga del otro brazo, como si eso borrara las arrugas de una imagen, una imagen que se había arrugado como la manga de una camisa, como una fiesta demasiado larga, como una ilusión demasiado grande.

—Hace frío —dijo cuando cerró el último botón.

—Cuando uno pasa muchas horas sin dormir —dijo ella—, la temperatura del cuerpo baja.

Él la observó por un momento.

—¿Sos enfermera?

Ana no pudo evitar quedar con los ojos muy abiertos, una inequívoca expresión de sorpresa.

—Estoy haciendo las prácticas —tuvo que decir.

—Adiviné, uno a cero.

—Uno a cero —repitió ella, y al oírse decir esas palabras los músculos de su rostro se aflojaron. Y por un momento

sólo fue (o pareció) una nena. Un animal sin ideas.

Una semana más tarde quedaron para cenar en el puerto. Ana llegó temprano y se sentó mirando la entrada del restaurant. Estudió el menú y se preguntó cuál sería el poder adquisitivo de un policía; pero esa era una pregunta digna de su madre, pensó, no tenía nada que ver con ella, con sus ideas. Sus ideas, años de trabajo, años de búsqueda, años de refinamiento. La columna de precios estaba en el borde del menú; de este lado, dentro del menú, lo que tenía precio, y más allá del borde, la incontrolable puerta del restaurant a través de la cual entraría el héroe. O el corrompido policía. Cada dos o tres segundos, Ana levantaba la vista de los precios y se asomaba. Parecía que lo hacía para hacer cuentas. Parecía mirar hacia la puerta como quien mira el mar y pone su vida en el agua, y sopesa todo, y confunde los balances del pasado con la expectativa de ver un barco venir desde el futuro.

En esas playas, en esas esperas, el pasado se funde con el futuro y el presente se rompe como las olas.

—Estoy tarde —dijo él en un mensaje—, problemas en el trabajo, voy directo.

Ana entendió que su bombero no pasaría por la casa y que asistiría a la velada vestido con el uniforme. Eso le causó impresión, y para no verlo entrar (uniformado) se cambió de silla; dio la espalda a la puerta creyendo que lo hacía para ver un televisor que había sobre la entrada a los baños. En el televisor daban una película de un naufrago en una isla. El naufrago se la pasaba subiendo y bajando la mirada. La subía para ver si alguien aparecía en el horizonte, la bajaba para concentrarse en las pequeñas acciones que desarrollaba para sobrevivir.

Al rato, una mano pesada en su hombro. Lo vio sentarse y sacarse la gorra y apretar su entrecejo con los dedos. Lo vio sostener los ojos cerrados unos segundos para después abrirlos lentamente y observarla.

—Hola, Ana —dijo él, y apoyó el arma sobre una silla.

—¿Qué pasó?

Él negó con la cabeza y agarró el menú.

—No importa.

Estudió (o pretendió estudiar) las opciones. Ella, aunque era evidente que algo no iba bien, lo dejó hacer. Pidieron rabas y abadejo con papas. Él dijo que le gustaba mucho el pescado y que su sueño secreto era nadar con delfines. Intentó decirlo con ojos de soñador, pero sus ojos, esa noche lejos de sus sueños, más que delfines parecían sardinas enlatadas. Pidió disculpas por el retraso y se las ingenió para que Ana llevara la conversación durante casi toda la cena.

Cuando él probó el helado, ella tocó el dorso de su mano. Él volvió a cerrar los ojos. Tomó mucho aire y suspiró.

—¿Estás bien? —preguntó ella.

—No —dijo él enseguida, y movió la cuchara por el helado como si buscara algo sólido. O al contrario, como si quisiera derretir las cosas.

Abrió la boca y sin querer la puso como la boca de un pescado. Y la dejó así, abierta, mientras intentaba sostener la mirada en ella. Ana notó que el hombre tenía los ojos rojos e imaginó que así de rojos debían ponerse los ojos de un bombero en servicio. (Todavía quedaban posibilidades de que la gorra y el uniforme y la pistola fueran parte de un disfraz y que este hombre sí fuera un héroe



encubierto).

—Hoy maté a una persona —dijo el hombre.

Ana intentó no reaccionar. Quiso no haberse movido, deseó con fuerza dejar de ser legible.

—Hubo un operativo —siguió él— y en un momento tuve que decidir. Creí que un compañero estaba en peligro y tuve que tomar una decisión.

El final de la palabra *decisión* fue una exhalación, un agotamiento. Cuánto mejor si ese agotamiento hubiera sido el de un bombero.

—Pero no sé si fue así.

—¿Qué cosa?

—No sé si había verdadero peligro, no podía saber.

Unos días más tarde él llamó cuando Ana viajaba en tren con una amiga.

—¿Es el bombero? —preguntó la amiga cuando ella sepultó el teléfono en el fondo de su cartera.

—Sí.

—¿Por qué no lo atendés?

Ana se tomó un momento y dijo:

—No quiero estar con alguien que mató...

—¿Sólo superhéroes para vos?

—Sí.

—Los superhéroes también matan, Ana.

Ana, queriendo distraerse, pescó a un chico que las observaba. De pie contra la puerta, el chico escribía en un cuaderno. ¿Estaría copiando lo que ellas conversaban? ¿Para qué? El chico, al recibir la mirada de Ana, desvió la suya. Ella siguió la dirección en la que apuntaron esos ojos, y vio, afuera, un camión de basura bordeando las vías. El camión iba a la par del tren, a la misma velocidad; un

hombre, colgado de la parte de atrás, tenía el uniforme arremangado y los brazos descubiertos.

—¿Se besaron?

—No quise.

—Tal vez si el bombero no disparaba le mataban al amigo. ¿Cómo sabés que hizo mal?

Ana miraba al basurero colgado del camión y se sentía llevada. Por esos brazos, por una magia.

—No es un problema moral —dijo—, es un problema físico.

—No te entiendo —respondió la amiga.

Ana no sacaba los ojos del basurero que avanzaba a la par del tren. El hombre, aunque agarrado firmemente del camión, parecía estar volando. Y Ana sentía que era ella la que lo llevaba. Con su mirada, lo llevaba. Como en alguna película, como en alguna aventura.

—No quiero que me toquen las manos de un tipo que mató a una persona.

—¿Y te dejarías tocar por las manos de un basurero?

Ana sonrió y dijo:

—Si se asea con propiedad, con mucho gusto.

En ese momento el camión se detuvo junto a un container y el hombre bajó de un salto y corrió unos pasos con inercia. Ana sintió como si se deshiciera un encantamiento y vio que el chico había dejado de escribir. Y que la observaba, como esperando algo.

—¿Y si el muerto no podía más de sufrimiento y el bombero sin saberlo le hizo un favor?

—Otra vez tu moral.

—Es un problema moral, Ana, si cuando pensabas que era bombero te gustaba más que cuando supiste que era

policía.

Ana sonrió.

—No se puede hablar con vos —dijo.

Así que, como no se podía hablar, se quedaron en silencio. El chico, entonces, no escribió más. El tren paró en una estación y después en otra. Pero eso no importaba. Tampoco importaba la noche, que había perdido hacía tiempo el poder de borrar, o al menos borrar, el luminoso drama de la gente.

Llegaron a la terminal y cuando secretamente se debatían si despedirse o no con un abrazo, y así borrarlo todo, con un abrazo, a Ana le sonó el teléfono. Ambas miraron la cartera como quien se asoma a una caverna; una caverna atractiva, pero peligrosa.

—Hola, ¿te puedo llamar? —decía el mensaje del bombero.

La amiga de Ana se despidió con un beso y un susurro al oído:

—Dejá que esas manos te toquen la espalda y fijáte si te importa tanto que haya matado a un par de tipos.

Ana la vio alejarse y le pareció que su amiga y ella tenían la espalda idéntica. Vio a su amiga perderse entre la gente y sintió que ella misma se perdía. Cerró los ojos y pudo escuchar todos los ruidos del mundo. Al menos, los de la estación terminal. Los tacos, las llaves, las voces, las vidas.

—Llamáme —escribió, mientras se imaginaba al bombero, junto a una ventana, sacándose el uniforme.

## SÓLO LA HISTORIA DE GABRIEL

*...escribir una historia significa ubicar un acontecimiento en un contexto, relacionándolo como una parte de alguna totalidad concebible (...) Las historias, entonces, no versan sólo sobre acontecimientos, sino también sobre los posibles conjuntos de relaciones que puede demostrarse que esos acontecimientos representan.*

Hayden White

De esto hace ya unos años. Conocí a alguien y supe que quería contar su historia. Fue así: estaba dando mi taller de verano de narrativa y una alumna, mitad entusiasmada y mitad confundida con los horarios, me preguntó si podía venir dos veces por semana en lugar de una. Entusiasmado con su entusiasmo, o confundido con su confusión, le dije que sí. Como agradecimiento, un día me regaló una planta, y por cargar la planta esa noche perdí el tren.

Y por perder el tren lo conocí a Gabriel.

Desde entonces intenté insertar la historia de Gabriel en otra historia; por esos tiempos estaba fascinado con la idea del arte combinatorio y debía pensar que la historia de Gabriel se beneficiaría si se mezclaba con otras historias. Hice varias pruebas y ninguna dio resultado; todo sonaba forzado, nada terminaba de cuajar. Pasó el tiempo. Hoy parece que la historia de Gabriel quiere contarse sola.

Ese día, en la clase, habíamos hablado de la complejidad y de las contradicciones de los personajes. Nos habíamos

dado cuenta de que crear un personaje con dos características demasiado opuestas terminaba siendo una trampa, un modo más camuflado de la simplificación. Descubrimos que, si las fuerzas que mueven al personaje se oponen en 180 grados, se genera un estancamiento, una cancelación de las fuerzas, como una anulación de ondas. También hablamos de la importancia de los personajes secundarios. Un alumno había escrito un cuento de alguien que necesitaba hablar, y se nos ocurrió que introdujera un personaje confesor; ahí entendimos esto: si al texto se le sumaba este nuevo personaje, el narrador iba a tener que dedicarle al menos unas líneas, para que no quedara como un cartón pintado, para que el nuevo personaje (este confesor) no fuera solamente un agente funcional a la línea narrativa principal.

—Para que no se vean las costuras del relato, el personaje secundario tiene que vivir.

—Los personajes secundarios son como esos detalles que la historia va dejando en el camino. Una historia va pasando por puertas que no se llegan a abrir y ventanas por donde apenas se espía. Esas aberturas, que sugieren la existencia de algo más allá de lo que se cuenta, conecta la historia con otras historias.

—Toda historia tiene fibras sueltas, elementos que no terminan de tejerse en el relato.

—Sí, como hilos que quedan apuntando hacia afuera, electrones disponibles, valencias que permiten al sistema asociarse a otros sistemas.

—¿Podemos pensar que toda historia es parte de una red de historias? —preguntó alguien, creo que la alumna que me regaló la planta.

—Cuando una historia tiene esas ventanas abiertas, y no se limita a contarnos únicamente lo que cree saber de lo que cree que es, tenemos la posibilidad de asociar, de imaginar, de entender que no hay relato que no sea parte de un gran tejido de relatos, de una gran trama de historias.

Y de personas.

—Las historias nunca están solas —cerró alguien, y yo me quedé pensando: si eso es cierto, entonces las personas, que somos un tejido de historias, tampoco estamos solas.

Pero es sólo teoría, porque cuando salgo de dar clase, a veces me siento solo. Caminando con esa planta hacia la estación, esa noche, no alcanzaba a creer esto de que la soledad no existe.

La planta no me dejó correr y perdí el tren. Tendría que esperar el próximo. Solo. Un chico subió al andén y me preguntó cuál era el que se había ido. Creo que tardé en responder, creo que me lo quedé mirando.

—El de León Suárez —le dije.

—Gracias —dijo, y se alejó.

Se paró a unos metros. Tenía un pantalón de jean ajustado, una remera rosada ajustada, piel morena, pelo negro con gel y una mochila pequeña en la espalda. Pasó un rato, tal vez unos minutos, y se acercó. Se acomodó al lado mío, como si nada. Tomaba de una lata. Se sentó y me comentó no sé qué de la planta, que le llamaba la atención. Le pregunté si tomaba el Suárez. Dijo que sí, y empezamos a hablar. Tenía los dientes muy blancos, perfectos, y su boca estaba todo el tiempo haciendo una sonrisa hacia el costado. No sé por qué, me parecía noble.

Lo primero que dijo fue que salía de trabajar y que

estaba muerto.

—¿Adónde trabajás?

—En el lavadero de la esquina.

Dijo que no había parado de caer gente, todo el día, de ocho de la mañana a siete y media de la tarde, casi doce horas.

—No te imagino lavando ropa —le confesé.

—No, lavo autos...

Me quedé un momento confundido.

—Me hice la imagen de una lavandería que no existe — dije.

—Hoy nos pagaron dos mil pesos, lo de la semana.

—¿Trabajás todos los días tantas horas?

—Sí, pero nos pagan 300 por día. Son como dos mil a la semana, pago mil quinientos de alquiler y me queda para aguantar, la comida, cargar la *sube*.

Algo así fue esa charla inicial; calentábamos motores, supongo. Recién después de un rato nombró a su *señora*. Contó que estaba embarazada, que esperaban un bebé, una nena, que nacía en dos meses. La novia tenía 25.

—¿Y vos? —le pregunté.

—20.

Era de Santiago del Estero, se había venido a Buenos Aires a los cinco, con el padre. Dijo que su novia era como un milagro y que él a veces no la podía creer. Ella era cartonera y él le había dicho que la iba a sacar de la calle.

—Y la saqué —dijo—, y la empilché... Y me gusta poder comprarle un taco de vez en cuando.

Contó que no era celoso y que ella tampoco, y que en cinco años que llevaban juntos no habían tenido una sola pelea.

—No me la puedo creer —dijo—, es muy raro para una pareja no pelearse nunca. Ella puede revolearme una cachetada, pero yo me ato las manos, a las mujeres no se les pega.

Cada una o dos frases, hacía la sonrisa, siempre para el mismo lado. Y yo, cada una o dos frases, no podía evitar pensar que lo que me contaba era mentira.

—Cuando voy a ver a mi papá —siguió—, le digo, así con mis veinte años, que si le toca un pelo a mi vieja le arranco la cabeza.

Sus padres se peleaban, se golpeaban, la madre sufría mucho, contó, y repitió que a las mujeres no se les pegaba. El padre no quería que él trabajara, pero él quería trabajar, tener lo suyo. Dijo que trabajaba desde los diez, y que desde los doce alquilaba una casa, solo.

—No jodo a nadie, soy muy laburador y no jodo a nadie.

Las palabras son textuales (las anoté). Mientras él me hablaba yo pensaba que quería recordar todo tal cual. Sus gestos, sus palabras, lo que sentí. Unos días atrás él había subido al andén y había encontrado a una pareja discutiendo. Vio cómo el tipo le daba un bife a la mujer, y entonces se acercó. El tipo volvió a golpear a la chica, y él le dijo:

—Disculpá que me meto en tu matrimonio, o lo que sea, pero la volvés a tocar y te rompo la cabeza.

La mujer, la chica, le dijo que mejor no se metiera. El tipo volvió a golpearla y él, enfurecido, se sacó la mochila, la tiró a las vías y lo encaró. Así dijo, creo, que tiró la mochila a las vías y que lo encaró; y que se agarraron a las piñas y cayeron en los rieles. Él se golpeó las lumbares con el riel (cuando lo contó, arqueó la columna). Le dijo al otro



que subiera al andén y le pateó la cabeza. Cuando llegó el tren, él y la chica subieron y él le pegó al tipo y logró que quedara afuera, justo cuando las puertas se cerraban.

—Por lo menos dame tu número —le dijo a ella.

A los días la llamó y le confesó que tenía mujer y que iba a tener un bebé, pero que quería saber cómo estaba. Como la chica le dio pena, o algo así, creo que dijo *pena*, la invitó a cenar, y a su novia le dijo que ese día salía tarde de trabajar.

—No la engañé —aclaró—, nunca la engañé, yo la quiero mucho.

Al volver a casa, le contó a la novia que había ido a cenar con una mujer que había sido golpeada. Sólo para charlar, le aseguró, y la novia le dijo que confiaba en él. Él, cuando me contaba, se rió, y después dijo algo de que a veces no lo podía creer, que no podía creer cómo ella confiaba tanto. Y le brillaron los ojos. Y después hizo su sonrisa, al costado.

Al parecer la novia tenía padres con plata, con BM y Audi, dijo, y no querían que ella estuviera con él; pero ella lo elegía, los padres se la querían llevar, pero ella decía que quería estar con él.

—Si ella quiere estar conmigo —dijo a sus suegros—, no pueden hacer nada.

Al parecer el padre la había echado de la casa, y ahora la quería llevar de vuelta.

—Tienen mucha plata, pero ella es humilde.

—¿Cómo se llama?

—Antonela.

—¿Y vos?

—Gabriel.

Nos dimos la mano, le dije mi nombre, me dijo que mucho gusto y creo que ahí sentí ternura (o algo así). Entonces llegó nuestro tren y él dijo que nos íbamos a volver a cruzar. Le dije que sí, que trabajaba a la vuelta del lavadero, y él agregó que las caras no se las olvidaba nunca.

Nos paramos y me dijo:

—¿Te ayudo con la flor?

Se refería a la planta, pero dijo *la flor*. Subimos y me sorprendió que Gabriel buscara un asiento doble para sentarnos los dos. Vimos uno al fondo del vagón y fuimos hacia ahí. Seguimos conversando. Pasó una mujer pidiendo una moneda y él sacó un fajo de billetes de cien; no sé por qué sacó todos los billetes, dijo que quería darle a la mujer, pero que no tenía cambio. Se tomó un momento para contar los billetes, los contó, uno a uno, los acomodó, los guardó. Después dijo que ahora volvía a casa y la novia lo esperaba con la comida hecha y sus Dr. Lemon. Dijo que era sábado y si querían salir a bailar, salían, y ella era linda y los tipos la miraban y él le agarraba el culo para darles celos. Dijo, después, que si la miraban los cagaba a palos.

—¿No que no eras celoso? —le pregunté.

No sé qué respondió. No sé si para cambiar de tema, contó que unas semanas atrás había viajado a Santiago del Estero para visitar a la madre. Hacía cuatro años que no iba. Se volvió antes porque hacía mucho calor. La madre vivía en el campo y pasaba hambre. Le pregunté si tenían plantación, pero no entendió. Dijo que el campo era *muy campo*, caluroso, y que para tomarte un colectivo tenías que caminar 40 cuadras; que él había nacido ahí, pero que ya no se sentía de ahí. Desde la terraza de la casa de la

madre había una vista hermosa, dijo, puro campo. Pero a la noche le daba miedo, y encima un primo le había contado que por ahí andaba el lobisón. Una noche, Gabriel vio algo; le dijo a la madre, pero ella no le creyó.

—Te digo que vi algo, vieja —insistió.

—¿Qué te daba miedo? —le pregunté.

—La oscuridad —dijo—, los árboles oscuros moviéndose.

Contó que tuvo que meterse en la casa y dijo que se fumó dos paquetes de cigarrillos, por el miedo.

—Me da miedo la oscuridad —confesó, y lo imaginé abriendo la puerta y saliendo al campo, esa noche, parado a pocos pasos de la casa, todavía en el reino de la luz eléctrica, enfrentado a esos oscuros árboles en movimiento.

—Qué loco que no te de miedo cagarte a palos en las vías del tren, y que sí te de miedo la oscuridad.

Ahí se quedó como desorientado, o pensando. Hizo la sonrisa al costado y creo que su mente calculó. Después dijo estas palabras:

—Es que yo me cago a trompadas porque hay luz.

No sé qué hice yo, cómo respondí. Lo que sé es que anoté sus palabras en mi cabeza, y ahí quedaron grabadas; no estoy seguro, pero puede ser, que Gabriel hasta haya repetido, a modo de síntesis:

—Yo me peleo porque hay luz.

Y podría terminar ahí. Podría, si quisiera, decir que lo que sigue fue olvidado, que lo borré, que me olvidé, para que la historia tuviera sentido, un sentido, el que tendría si terminara ahí. De eso no habíamos hablado en clase, de cómo la historia hace sentido cuando cierra, o más bien

cuando se cuenta: la historia hace sentido, podemos pensar, sólo cuando se cuenta, y de acuerdo a cómo se cuenta: yo podría decirte una y otra cosa de Gabriel, esta o aquella, restar, sumar, ocultarte algo, inventar; y encima como pasó el tiempo en verdad no sé quién es Gabriel o quién fui yo con él, ni mucho menos quién sos vos, que ahora siente, o no siente, su imagen, la imagen de Gabriel, su voz y su mundo.

¿Me escribirías para contarme si sentiste, o mismo si no sentiste, la imagen de Gabriel, su voz y su mundo? (En el inicio de este libro, podés encontrar mi mail de contacto). Me faltaba una estación y le avisé que ya bajaba; entonces, ahora sí, me preguntó qué hacía. Le conté que escribía y que daba talleres.

—¿Qué tipo de taller? —preguntó.

—Escritura de cuentos —le dije.

—Bueno, ¿te gusta?

—Sí.

—Lo importante es que te gusta —dijo, asintiendo, y noté que su mirada había cambiado, y pensé que parecía otra persona, ahora que no me contaba de su vida, ahora que preguntaba por la mía. ¿Entendés? Lo sentí frágil, o más frágil, menos armado, más confundido o vulnerable, sus ojos como ventanas de vidrio empañado, cubiertos de un vapor. Era como si al dejar de hablar de él, algo se le hubiese ido de control. No sé si tiene sentido.

—Lo importante es que te gusta —repitió, como si sacara la frase de algún lado, como si esas palabras le sirvieran para poner orden.

Volvió a decir que nos íbamos a ver, que trabajábamos tan cerca que seguro nos veríamos de nuevo. Sonrió. Le

dije que sí, que obvio, ya pensando que pronto pasaría por el lavadero a saludarlo. Nos dimos la mano, fuerte.

—Cuidáte —le dije—, que estés bien.

Y se lo quería decir en serio, más en serio que *así*, como lo decimos siempre.

—Vos cuidá la flor —dijo él.

Caminé por la oscuridad de la plaza. Imaginé que Gabriel me veía desde el tren, caminando con mi planta enclenque, y me pregunté qué pensaría de mí. Aún le quedaba un rato hasta León Suárez; ahí se tenía que tomar un colectivo para llegar a la casa, donde Antonela lo esperaba con la cena y sus Dr. Lemon. Me quedé pensando en él todo el camino, sabiendo que pronto me sentaría a escribir su historia. Y mientras caminaba me repetía algunas de sus palabras, para no olvidar.

Hoy no sé para qué te cuento esta historia; aunque no sé qué es lo que me toca, sé que algo me toca, o me tocó, del mundo de Gabriel. Me pregunto si tiene sentido contar algo cuando no se sabe para qué; no lo sé, pero ojalá te toque. Acaso te cuento esta historia para que vos me digas por qué te la cuento, o para qué. Por años quise hablar de Gabriel, o más bien de mi encuentro con él (las pocas cosas que supe, las pocas cosas que sé). No sé por qué no lo hice antes. ¿Será un error, me pregunto, querer que sientas lo mismo que yo sentí? A decir verdad, ya ni puedo saber qué fue lo que sentí.

Unos días después del encuentro, pasé por el lavadero a saludarlo. Gabriel descansaba en una silla, en el fondo. Tenía unas botas pesadas y su ropa estaba mojada. Me acerqué y me vio, pero tardó en reconocermelo.

Sí, se acercó. Le di un abrazo, sí, pero no sé si él me

abrazó. Creo que tuve la tentación de preguntarle si recordaba mi nombre, o algo de lo que le había contado. Hasta tuve la tentación de invitarlo a mi taller, por si quería escribir cuentos. Debo haber pensado: todos queremos escribir cuentos. No sé por qué no lo invité. Creo, por último, que tuve la tentación de devolverle esas palabras, *sus* palabras, ese manojito de palabras que ahora pienso que se volvieron más mías que tuyas, unas palabras que él ya habría olvidado, esa especie de símbolo, o de síntesis:

Yo me peleo porque hay luz.

## NO RESPIRES, COCODRILO

*No escribo para explicar, escribo para describir el verdadero misterio, el desgarrador misterio de ser un ser humano.*

Paul Harding

R: Se me cruzó una peli.

C: ¿Qué? ¿Cuál?

R: Escuchá esto: *miedo a no gustarte más*.

C: ¿Tenés miedo de no gustarme más?

R: No sé si es que lo tengo, pero puede ser que un día no te guste más, ¿no?

C: ...

R: ¿Qué?

C: Que ahora a mí me da miedo creer que tengo que tranquilizarte diciendo algo así como que siempre me vas a gustar.

R: Sería una droga, es como una droga.

C: ¿Qué cosa?

R: Como un tranquilizante, digo, las palabras pueden ser como una droga.

C: Sí, pero... No sé cómo decirlo, no es para tranquilizarte, en algún sentido sí siento que siempre me vas a gustar.

R: Sí, en algún sentido bien amplio.

C: No, no tan amplio...

R: Ah...

C: ¿Vale decir que *sí* siento que esto es para siempre?

R: Eh...

C: ¿Qué?

R: Ahora me da vértigo.

C: ¿Vértigo o miedo?

R: ...

C: Vértigo es que te da ganas de saltar, miedo es...

R: ¿Te acordás el día que nos encontramos en la biblioteca?

C: No te puedo creer...

R: ¿Qué?

C: Que hoy soñé con esa biblioteca.

R: ¿En serio? ¿Qué soñaste?

C: Ahora te cuento, ¿vos qué me ibas a decir?

R: Ese día pedí un libro prestado y todavía no lo devolví.

C: Uh... ¿No te llamaron?

R: Me mandaron un mail, pero no respondí. Es que no lo quiero devolver.

C: ¿Por?

R: Pienso que si lo devuelvo, vos vas a... Como que te voy a devolver a vos con el libro...

C: O sea, yo sería como una historia que te robaste de la biblioteca.

R: Ponéle.

C: ¿Entonces por qué tenés miedo de que dejes de gustarme? Mientras no devuelvas el libro, vos tenés el control...

R: Es cierto.

C: No tenés por qué preocuparte.

R: Sí, me hice una peli.

C: Sí.

R: ¿Y qué soñaste?



C: Soñé que la biblioteca era atacada por lagartos, o cocodrilos. Se comían los libros, los destrozaban, y yo entendía que esa era su forma de leer.

R: ¿Era una pesadilla?

C: Dependía de la parte de la biblioteca en la que estuvieran los bichos. La parte más pesadilla era cuando se comían los libros de historia.

R: ¿Por qué?

C: No sé por qué...

R: ¿Me apretarías el pie?

C: Sí.

R: .....

C: ¿Estás bien?

R: Me puse a llorar.

C: Sí.

R: Cuando me puse a llorar, dejé de respirar, ¿viste?

C: No, no me di cuenta.

R: Como si creyera que llorar es más importante que respirar...

C: ¿Te parece que es así?

R: Tal vez llorar es como respirar, pero muy rápido...

Como sea, o respiro o lloro...

C: Podés dejar que tu respiración llore.

R: Mmm...

C: ...

R: .....

C: ¿Estás bien?

R: Me tiembla el pecho, ¿viste?

C: Sí, me hizo pensar en el mar cuando está picado.

R: Mmm...

C: Ese *mmm*, ¿significa lo mismo que el anterior?

R: No, no, cada uno tiene su significado diferente.

C: Perfecto.

R: Cuando me tocaste el pie también dejé de respirar, ¿viste?

C: Eso sí lo vi, fue como si te hubieras asustado.

R: Sí... Como cuando te cruzás un cocodrilo y dejás de respirar... Como cuando aparece algo que no te esperabas y dejás de respirar.

C: Pero sí lo esperabas, si me pediste vos que te tocara el pie.

R: Es cierto, qué extraño.

UN ESCRITOR DE FICCIÓN EN UNA  
REUNIÓN DE PERIODISTAS  
CRÓNICA O CUENTO

*Creemos adivinar los sentimientos del otro,  
no podemos, por supuesto, nunca podremos.  
No tiene importancia. En realidad, es la  
ternura la que me interesa. Ése es el don que  
me conmueve, que me sostiene, esta mañana,  
igual que todas las mañanas.*

Raymond Carver

Fredy, no sé por qué, me invita a una cena de corresponsales. Le pregunto si de verdad le parece que vaya, si no voy a estar fuera de lugar; me dice que él tampoco conoce a la mayoría de los invitados, que será una reunión de seres humanos poniéndole onda. No sé bien por qué voy, algo me llama y una fuerza me lleva.

Su casa es un departamento antiguo remodelado; las paredes bien blancas, los techos altos y los muebles se nota que fueron elegidos por un ojo experto en decoración. Fredy, digamos, estaría chocho. Él pone la casa, pero la anfitriona es Alejandra, que viene de México. Hay comida mexicana, aunque no tan picante. Lorena, una amiga de Fredy, salva mi timidez inicial contándome que es periodista de televisión; me habla de un tal Loro, uno que está por llegar. Me cuenta que ella estuvo por hacer una investigación sobre Hitler, sobre la posibilidad de que Hitler haya escapado a la Argentina, y parece que este Loro es especialista en el tema, que escribió un libro sobre los nazis en Argentina, o una cosa así; al parecer, cuando

estaba empezando la investigación, Lorena lo llamó para consultarle.

—No hay posibilidad de que Hitler haya estado en Argentina —le dijo él—, no pierdas el tiempo.

Lorena dejó el proyecto, pero habría quedado con ganas.

—Se dice que Hitler llegó a Puerto Madryn y que de ahí se fue para Bariloche; habría tenido un romance con la dueña del hotel *El Edén*.

Yo ahí digo que claro, que escribo ficción porque no me interesa tanto si las cosas sucedieron o no de verdad, algo de que a mí me interesan las posibilidades.

—La posibilidad de que Hitler haya estado acá me resulta fascinante —digo, y Fredy habla de la diferencia entre periodismo y literatura, algo de que un periodista busca la verdad, aunque una crónica, dice, pueda partir de un dato, de un hecho certero, para después sí abrirse a posibilidades.

—El cronista necesita esa certeza como punto de partida para la posibilidad, después sale a perseguir una posibilidad que sabe que no alcanzará.

—¿Por qué necesitan marcar la diferencia entre certeza y posibilidad? —pregunto, y no voy a decir que no me siento ingenuo.

—Porque somos periodistas —dice Fredy.

—No podés inventar —dice Lorena—. Yo podría haber hecho una crónica de la *posibilidad* de que Hitler haya estado en Argentina, pero a mí la plata me la estaba dando una agencia de noticias y ellos no querían posibilidades sino certezas.

Ahí Fredy habla de que últimamente estuvo enamorado de la palabra *posibilidad*. Yo, hablando de palabras, me

estaría preguntando, en secreto, por qué me siento ingenuo, y por qué uso esa palabra: *ingenuo*. Lorena, por su parte, habla de que en periodismo se usa mucho el *habría*, y la española, no recuerdo su nombre (y no voy a inventarlo), dice que en España no se usa esa forma verbal; que en Argentina todo es *habría sido*, *habría estado*, *habría hecho* y *habría tenido*.

Esa forma verbal, al parecer usada tanto en las noticias argentinas, no afirma hechos sino posibilidades. Qué curioso, pienso, y Lorena dice que sí, que la palabra *posibilidad* es hermosa; y se apoltrona en su sillón y abraza un almohadón, con la mirada perdida por ahí, como si hubiera sido tomada por un aire poético.

—Otra palabra con la que estoy jugando mucho —dice Fredy— es *disponibilidad*.

Fredy se pregunta por qué no estamos más disponibles a lo que sea que ocurra. Intercambiamos algunas impresiones, preguntándonos, básicamente, por qué estamos tan cerrados, por qué no vivimos dispuestos a todo. Él dice que se siente muy dispuesto a *todo*, pero no a *todos*, que con algunas personas se cierra, y no sabe por qué. Digo que por algo será que nos cerramos, y no sé si eso nos pone profundos y nos lleva a mencionar el alcohol, que a propósito circula de modo generoso, y ahí se dice esto de que el alcohol abre, ablanda y permite. Será eso lo que los lleva a recordar una fiesta que dio Fredy en su casa, una fiesta que habría sido un desmadre: gente besándose en los baños, gente cogiendo en la escalera, las paredes manchadas de tinto y un DJ que según Fredy era el único heterosexual de la fiesta.

—Se armaron muchas parejas esa noche.

Cuando hablan de las parejas que se formaron, hacen el gesto de golpear las yemas de los dedos índices entre sí. Después al gesto se le suman los dedos mayores, o sea, dos dedos chocan con otros dos dedos. Después el gesto deviene tijerita: los dedos se abren y el entre-dedos de una mano y el entre-dedos de la otra entran en una mímica sexual.

Para todo esto, del otro lado de la mesa ratona, sobre la que se ofrecen una pasta de porotos aduki, nachos, queso y jamón crudo, están la brasilera, de Rio, y el inglés, un hombre que trabajó cuarenta años en un diario de Londres, para el año pasado renunciar y venirse a la Argentina. No sé cómo, el inglés está contándonos su historia. Habrá sido Lorena quien se puso a hablar con él; yo, que para el momento de servirnos la comida me encuentro solo, como si hubiera retrocedido varios casilleros hasta mi timidez inicial, estaciono cerca de ellos y escucho su conversación, un poco sintiéndome intruso y un poco pensando que de alguna charla tengo que ser parte.

De cualquier manera, la charla se abre y Lorena le dice a Fredy que el inglés nos va a contar su historia. Fredy dice que esperemos a que llegue Loro, que es el supuesto buscador de la verdad, para que interrogue al inglés. Se viene hablando de este Loro como si fuera una eminencia, un prócer o un mito del periodismo. Finalmente aparece y lo que me sorprende es su delgadez y sus ojos saltones; lo veo adentrarse en la reunión y pienso que un hombre mítico no puede tener este cuerpo, pero cuando nos saludamos tengo que admitir que, aunque su mano no se siente mítica, tengo enfrente a un nuevo ser humano,

alguien que no conozco, una criatura que se resiste, lamentablemente, a toda clasificación.

Fredy, que no conocía a Loro de antes, le dice medio a los gritos que interroga al inglés. Loro no le responde, creo que lo estaría ignorando. Entonces, con una calma como de otro mundo, el inglés se pone a contar su historia. Fredy lo interrumpe y le hace chistes que a mí me suenan irónicos o sarcásticos (no entiendo su intención, ni por qué quiero entenderla; no entiendo, incluso, por qué creo que hay una intención). De cualquier manera, el inglés no estaría entrando en ese juego (si es que hay un juego): se mantiene inocente, y algo de eso, eso que veo o que creo ver, digamos, me conmueve.

El inglés (tampoco recuerdo su nombre, pero podría ser algo así como Ben, Charles, o Gregory) viajó a una estancia en Córdoba para trabajar con caballos, porque los caballos de acá, el criollo y el peruano, dice, serían los más hermosos.

—El caballo peruano tiene cinco velocidades —informa—, cinco pasos diferentes.

Y como si hiciera un aparte, inclinándose hacia Lorena:

—Mi madre era adicta a los caballos.

Así que Gregory se emplea en la estancia con plan de quedarse tres meses. De mañana sirve el desayuno y después saca a galopar a extranjeros adinerados que estarían pagando unos 500 dólares por la tarde de jinete. Él se siente feliz de estar con caballos todo el día, hasta que se da cuenta de que el jefe, que al parecer es hijo de ingleses, se está robando las propinas que deberían ser repartidas entre los empleados. Un día, Gregory enfrenta a su jefe y lo amenaza con denunciarlo en *Trip Adviser*. El

hombre lo despide, pero él le dice que no lo puede despedir, porque ya renunció. Cuando Gregory se va, se entera de que el tipo repartió las propinas que, según había dicho antes, les habían estado robando de la recepción.

Pasaron sólo tres semanas desde su llegada a la Argentina, y ahora en Buenos Aires el inglés no sabe qué hacer. Lorena, sentada a su lado, le aconseja que viaje. Gregory dice que estando en la ciudad encuentra gente y se divierte, pero que, si agarra un auto y sale a viajar solo, va a ser deprimente. Fredy le dice a la brasilera que escriba una crónica de la historia del inglés. La brasilera dice que, si le pagan el pasaje, se va a Córdoba a investigar. Pienso que me encantaría escribir esa historia a mí; me pregunto si lo haría como una crónica real o como un cuento.

En varios momentos me preguntan si soy periodista.

—No —digo, pero a la vez siento que un poco sí. No sé cómo explicarlo, así que no lo explico. No sé si podría ser periodista, pienso: no me estaría atrayendo ser tan respetuoso con la realidad.

Después de la comida viene el momento de fumar y el grupo se dispersa; unos se van al balcón y yo de pronto no sé adónde meterme. Salgo a un balconcito secundario y miro la calle. Enfrente, una entrada a una especie de galpón, o taller, o guarida, con unos tipos en cuero chupando en la vereda. Fredy no me ve y cierra la puerta; me quedo encerrado, afuera. Pienso que es hora de partir, y cuando estoy tomando la decisión Fredy se da cuenta de que me encerró en el balconcito, y eso lo lleva a contar de su viaje al sur y del encierro en un ascensor de Mar del Plata. Al parecer se iban a ir de viaje con el hijo, pero el hijo se llevó muchas materias y se tenía que quedar a



estudiar en el verano. Hoy, de hecho, el chico repitió el año.

—A mediodía me mandó un mensaje que decía: repetí —nos cuenta Fredy.

Y parece que el hijo se fue a pasar el mal momento con amigos.

—Como cuando yo estoy mal —dice su padre—, que me rodeo de amigos.

Después el hijo volvió a la casa y le dijo:

—Lo intenté, pero no me salió.

Así que repitió primer año. Fredy cuenta que durante todo el día se escribieron mensajes, que nunca se escriben tanto como hoy; dice que, en los mensajes, *muy masculinamente*, ninguno decía nada, pero la línea principal era:

—Me importás.

Se iban a ir al sur a una reunión familiar, pero por los exámenes hubo cambio de planes y se fueron unos días a Mar del Plata. Visitaron a unos amigos que tenían un departamento en un piso diez, desde donde el amigo decía que dominaba el mundo. Cuando bajaban el ascensor se les paró y Fredy pensó que se iba a caer, pensó que ese era el final. Ahí, al salir, se dio cuenta de que sí tenía que ir a la reunión familiar. Pensó en su padre, que ya estaba grande, y quiso pasar tiempo con él. Llevó a sus padres a unas termas y los vio entrar en el agua caliente. Ahora les quiere comprar una casa para que estén más cómodos. Habla de lo que le costó ahorrar para comprar este departamento, y dice que a medida que crece se va poniendo más conservador y a la vez más humilde.

La brasilera cuenta que a ella también le costó comprar

su departamento en Rio. Aclara que el depto es muy pequeño, pero que es *su lugar*, y que ni bien lo compró se fue de Rio y que nadie entendía por qué había comprado un departamento si se estaba yendo. Ella dice que el departamento está vacío y que cuando viaja se queda ahí. Que ahí tiene su cama.

—Mi cama —dice, y se toca el pecho.

Y aclara que el departamento es muy chico, pero que le gusta tenerlo para cuando le da tristeza. Dice que Rio no le gusta, pero que es su hogar y que no quiere morir en Buenos Aires. Esto les lleva a hablar (a los otros, porque yo sigo encerrado en mi silencio) de que los periodistas, por lo menos en esta parte del mundo, suelen ser personas que vienen de condiciones adversas, guerreros o algo así. Fredy hace un gesto de morderse un dedo, atravesado horizontalmente en su boca; no entiendo el gesto, pienso que significa temor, pero no, parecería significar: cuchillo en la boca.

—Somos guerreros —dicen.

Fredy dice que viene de un ambiente familiar adverso, que sus padres eran gente con problemas, y repite:

—Gente con problemas.

Cuenta que él aprendió a amarlos, que con el tiempo aprendió a amarlos. La brasilera dice que ella aun no pudo, que no pudo amigarse con sus padres. Cuando lo dice, sus ojos brillan, y es tan delgada y tan alta y su cuerpo se encorva tanto cuando está sentada, y tiene tal fragilidad en su mirada, que creo sentir una ternura. Y, parece, me estarían dando ganas de abrazarla.

La charla de temas económicos conduce a Fredy, de manera elegante, a contar que compró obra.

—Compré obra.

Dice que fue un paso importante, que comprar obra es un cambio grande en la vida de una persona. Le compró a un amigo un cuadro que valió lo que una computadora. Le pedimos que lo muestre y a él le da escozor, dice que lo tiene guardado porque todavía no lo enmarcó. Le pregunto, y tal vez es lo primero que digo en un buen rato:

—Si no nos gusta, ¿podemos decirlo?

No sé qué responde, creo que dice que sí. Lo trae, medio con vergüenza, o con orgullo, o con una mezcla de todo. Lo saca de una bolsa de bolitas de aire de protección. Es como de 50 por 50. Una plancha de madera, parece, o algo así. Hay una fuente de agua blanca, y encima de la fuente unas palabras que ahora no recuerdo. Fredy dice que le gusta porque el pintor trabajó mucho el blanco. Algunos dicen que es lindo. Yo lo sostengo sobre el sillón para que lo miren; lo muevo, como si el cuadro bailara, pero nadie percibe mi broma.

Fredy pregunta adónde lo colgarían, y vuelve a decir que haber comprado ese cuadro fue dar un paso importante. Alguien dice que dicen que comprar obras de arte se vuelve una adicción, que los que empiezan después no saben parar. Mientras imaginan adónde colgar el cuadro, yo charlo un rato con la brasilera; le pregunto qué tipo de noticias hace.

—De todo —dice—, *hard news*.

Acaba de volver de cubrir unas elecciones en Centroamérica. Dice que le encanta ser corresponsal, que sí trabajó en redacción, pero le aburre, que le gusta viajar y que eso era algo que sus padres no aceptaban de ella, algo de que ella eligió no estar.

Lo de los padres nos lleva a hablar con Fredy sobre las relaciones. Me cuenta que se separó hace poco, que ahora está solo y que le gusta estar solo, y que siempre que se metió en relaciones lo hizo sin pensarlo, y que ya no quiere eso, que ya no quiere equivocarse. El inglés está diciendo algo y yo le comento a Fredy que Gregory me parece *divino*. Fredy me pregunta si me atraen las personas mayores y le digo que no. Él dice que a él sí, y me cuenta que cuando tenía 28 salió con un hombre 30 años mayor. Pero el tipo era un juez, parece, y no lo blanqueaba, y tenían que hacer todo a escondidas. Cuando Fredy cumplió años, el juez no fue a la fiesta y le mandó un chofer con un regalo: un reloj. Él se enojó, porque el tipo ni lo había visitado, y encima el reloj no era tan bueno.

Lorena intenta escuchar lo que hablamos y de pronto Alejandra, la mexicana, dice que abramos la ronda para que hablemos todos. Fredy aclara que cuando pensaban en la reunión, Alejandra decía que quería poner la comida en la mesa, aparte, para que no se armara ronda, porque a ella no le estarían gustando las rondas.

—Pero ahora pedís la ronda —le dicen—, qué ironía.

Lorena aprovecha para confesar que está hace un rato queriendo escuchar la charla que tenemos con Fredy, que se dio cuenta de que hablábamos de cosas personales. El inglés, que para este momento está casi durmiéndose, o meditando, con un vaso de cerveza en la mano y Nina Simone cantándole en un parlante al lado de la oreja, de pronto quiere entender lo que decimos y Lorena le explica, en inglés, que ella siempre quiere saber lo que los demás están hablando.

—No me gusta perderme de nada.

Cuestión que la charla se abre a la ronda, y en algún momento llega un helado con una chica. Parece que es el helado quien trae a la chica, una chica que llegó más tarde, con helado, y que está vestida como si fuera a salir en un programa de chimentos (prejuicio aparte, lo siento). Entonces, mientras comen el helado, será por el azúcar, hablan de política. Viene de esto de que la brasilera estuvo en las elecciones, donde pasaron a segunda vuelta; sería que va a ganar *la derecha*, así que comparan, durante unos minutos, a los diferentes derechistas de Latinoamérica. Hablan de que el presidente de Perú se entrevistó con el presidente de Estados Unidos, y se preguntan qué pasará acá con este gobierno; la brasilera opina que va a llegar cansado, y como a los tumbos, al final de su mandato.

De pronto se arma una discusión, un enfrentamiento entre Fredy y Loro. Fredy dice que el problema es político y Loro dice que el problema es la corrupción, que no es relevante quién gobierne porque todos somos corruptos.

—Yo soy corrupto —dice.

—Yo no —dice Lorena.

—Buenísimo —responde Loro—, una persona que no.

Fredy dice que esa forma de pensar es neoliberal. Se interrumpen uno al otro. La brasilera quiere hablar y no la dejan. Finalmente, Alejandra modera y dejan hablar a la brasilera, que comenta los últimos años en Brasil; dice que los juicios contra la corrupción van a hacer que de acá a cinco o diez años los políticos ya no quieran ser más corruptos, porque están metiéndolos presos. Ella dice que es optimista, aunque antes había dicho:

—Como buena periodista, soy catastrofista.

Le pregunto a Fredy:

—¿Vos también sos catastrofista?

Se me queda mirando.

—¿Estás ironizando? —dice—. No te hacía así de irónico.

No sé qué responder. Alguien dice:

—Meter presos a los corruptos no va a solucionar los problemas.

Y yo pienso que quiero ver qué hay detrás de los problemas. Qué problemas se esconden detrás de los problemas. Tengo una sensación indescriptible. De pronto recuerdo una frase de Scott Fitzgerald. Por lo bajo, lo más por lo bajo que puedo, se la soplo a Fredy:

*—No hay problemas, sólo un silencio con el sonido de mi propia respiración.*

—Es linda —dice él—, pero ¿qué quiere decir?

De pronto se teje un espacio vacío, como un acuerdo o como un recuerdo, como una ronda o como un complot; ahora, diez periodistas esperan mi declaración:

—¿Será que los problemas son construcciones? —arriesgo—. ¿Será que el problema es el modo en que vemos las cosas?

Se levantan cejas y copas, se levantan hombros y bocas. Se cruzan miradas y yo, por un momento, pierdo la noción de lo que está pasando, como si de pronto, por un instante, no pudiera afirmar que estoy acá ni si llegué a decir las cosas que creo haber dicho. Mi mente queda como rebotando en un lugar extraño, distante, como si me hubiera convertido en un corresponsal de guerra, pero de la guerra de otro.

—¿Por qué nadie es corresponsal de su propia guerra? —diría—. ¿Será que nuestros dramas son ficciones?

Pero esto es lo que un escritor de ficción jamás podría decir en una reunión de periodistas. Imagino que, de decirlo, ellos responderían algo así como que no puedo saber, a ciencia cierta, que todo es ficción.

—La idea de que todo es ficción también es una idea —diría uno.

—Si es una idea —le completaría otro—, también es ficción.

—¿Cómo sabés que *lo real* no existe? —imagino alguien inclinándose sobre mí—. ¿Cómo sabés que lo real se escapa?

—No sé, no sé —gritaría yo—, no sé.

Por suerte no digo nada, por suerte nada de esto tiene lugar. Fredy, acaso agotado de la inconducente discusión política, pone música. Salsa. Corren la mesa y por un breve momento se pretende bailar. Todo sucede como dentro de un remolino y en ese remolino varios salimos expulsados. Bajamos y en la puerta de calle hay una situación.

—Creo que está pasando algo —dice Fredy.

Hay un coche detenido. Un tipo, parado en el cordón de la vereda, se inclina sobre el asiento de atrás y le dice *hijo de puta* a alguien de adentro; luego, movimientos que no se entiende si son golpes o qué. Parecería violento. Fredy cierra la puerta y dice que esperemos a que esos arreglen sus problemas.

—Esos sí son problemas —me dice, y me hace un guiño.

Abre una ventanita de madera y espiamos. A través de la ventanita, esos problemas parecen una especie de teatro. Fredy se divierte. Su diversión me acompaña. Decidimos salir y en ese momento el tipo se sube al auto, como si todo hubiera sido un juego. No entendemos.

Fredy me abraza y me dice:

—¿Te llevás ideas para escribir? ¿Te sentiste muy fuera de lugar?

—No —le digo, sin saber a cuál de sus dos preguntas estoy respondiendo.

Sin saber que no nos veremos por un año y que, un año después, nos encontraremos a tomar un café en el centro, en el microcentro, adonde voy sólo por inevitabilidades, para buscar libros en la editorial o para registrar alguna cosa en la oficina de la calle Moreno o para esta vez dejarle un libro a una conocida de Fredy en una gran editorial y, de paso, juntarnos, después de tanto tiempo, a tomar un café.

Mientras me acerco al punto de encuentro, imagino la escena:

—¿Puedo confesarte algo? —empiezo.

—Claro —dice Fredy.

—Me quedé preguntándome por qué no nos vimos más después de la cena de los corresponsales en tu casa.

—¿Descubriste algo?

—Pensé esto: no nos vimos más porque nos dimos cuenta, los dos, de que el otro no nos iba a dar lo que estábamos esperando.

Y Fredy espera para preguntar:

—¿Qué estábamos esperando?

—Yo quería oportunidades laborales —digo—, apertura de puertas. Vos, apertura de *puertas*.

—¿Sexo?

—Sexo, romance, amor...

—¿Yo quería sexo, romance, amor?

—Me pareció.



Llego al café, entre divertido y con vértigo, con ganas de blanquearlo todo y con ganas de dar media vuelta, alejarme del centro y volver a mi hogar en las afueras. Fredy me saluda con cariño y recuerdo que para transmitir la sensación de vértigo Alfred Hitchcock inventó un movimiento compuesto de la cámara que se desplaza hacia atrás y a la vez hace zoom hacia adelante. Retroceder y avanzar al mismo tiempo. Pedimos café y conversamos. No entiendo si él está seductor o si realmente no le importa nada o si yo soy quien está seductor, moviendo fichas para obtener resultados y que Fredy me abra las puertas de algún paraíso editorial o laboral o íntimo o algún tipo de paraíso diferente al paraíso que viene empaquetado y listo para consumir en cada átomo de oxígeno que inhalo. Contactos, lobby, intimidad. Quiero sacar el tema de la honestidad y mi escena imaginaria, pero la realidad parece tomar otros caminos. Tengo la impresión de que la honestidad está sepultada bajo la mesa, que nos las ingeniamos para sostener la opacidad de las palabras, para que a la mesa de vidrio no se le desparrame su mantel de colores.

Entonces llega el mozo y dice:

—¿Les retiro?

Fredy asiente y el mozo se inclina. Sus manos se dirigen a las tazas, pero van más allá. ¿Qué está haciendo? Cierra los dedos sobre los bordes de la mesa y el mantel se arruga.

—Permiso, les retiro.

Nos echamos hacia atrás y el mozo endereza la columna, levantando la mesa en el aire. Ahora la mesa está en el aire. Corre viento entre mis piernas. En ese momento, recuerdo una frase de mi amiga Heidi (Heidi es de los Alpes, este sí

es un nombre real):

—Hay que poner las erecciones (las mentales y las fisiológicas) sobre la mesa.

Eso dice Heidi y el mozo se lleva nuestra mesa. Se aleja, como si nada, y nuestras erecciones, nuestros deseos (digamos: *penes* o *pijas*) quedan expuestos. Erecciones, mentales y fisiológicas, al descubierto. Heidi dice que a veces sus erecciones son tan grandes que sólo puede ver su propio falo. ¿Honestidad? Espadas al descubierto: estos son nuestros deseos y esto es una guerra. Pienso en la guerra, pienso en el periodismo, pienso en los corresponsales. Me pregunto dónde estarán ahora y me pregunto si recordarán esa noche, si se imaginarán que ahora son ficción, imaginación, recuerdo. Pienso que quisiera descubrirles, un día, leyendo este texto; quisiera observar su rostro en el momento de reconocerse, o desconocerse, detrás de los nombres que les puse para compartir su historia.

Detrás de cada escena imaginaria, pienso, espera otra escena imaginaria.

¿Qué hay después del salto?

Entro al café con la idea de que cuando las intenciones no están sobre la mesa, debajo de la mesa se entabla una batalla oculta. A veces, sangrienta. Vértigo. Fredy me ve y hace un gesto gracioso de saludo. Me acerco. Me alejo y me acerco. Algo me excita.

## MENTIRAS DESORDENADAS

### ENCUENTRO EN LA REDONDA

*El resto, más que una historia o un argumento, es un itinerario.*

Roberto Bolaño

#### 1

La primavera avanza. Hace frío y la gente se siente traicionada. Los árboles ya tienen color y hasta olor a paraíso, y los jazmines y el jacarandá y todo eso, sí, los fresnos y las tipas y esta ciudad tan llena de árboles; todo listo para saborear, pero hace frío. Y cuando hay frío, como cuando hay hambre, no hay obra, humana o natural, que pueda alimentar y sostener al espíritu. ¿Qué sería el amor incondicional? Tal vez una suerte de losa radiante, un calor que uno ni se molesta en encender.

Camino por el barrio de Belgrano y encuentro esa iglesia redonda. Aclaro, mi familia es atea y mi padre era arquitecto, así que las iglesias sólo me atraen por su forma; entro, pero sólo porque la iglesia es redonda. Me siento y observo las cosas; cosas que, para mí, sobra aclarar, no tienen ningún significado. Sentado unas filas más adelante, del otro lado del corredor, me llama la atención un chico. No puedo verle la cara porque está encorvado. Tiene los pies sobre esas maderas que sobresalen de los asientos (maderas hechas para arrodillarse). Me pregunto cómo se llamarán esas maderas, me pregunto cómo le

dirán a ese pasillo que parece hecho para que uno tenga que casarse.

Algo me pone nervioso, no sé por qué no me voy.

Me distraigo observando el lugar y en seguida mi atención vuelve a él. Me siento atrás y me quedo quieto para no llamar su atención. Por varios minutos lo observo de reojo, intentando confirmar si es, o no, mi viejo amigo Marcos. Entonces se recuesta, se agarra la cabeza y cuando la suelta puedo verlo.

Deben ser seis o siete años. Cuando estoy por irme, lo escucho suspirar.

—Hola —digo.

Gira y me observa. Su expresión no cambia. Tiene los ojos húmedos. Espero, sin saber qué hacer. Después de unos segundos frunce el ceño y yo, como si un gesto viniera a equilibrar a otro gesto, sonrío.

—Te vengo siguiendo —digo.

Marcos baja la mirada y yo me arrepiento de haber hablado. No sé si me arrepiento antes o después de que él baje los ojos. Cuántas cosas suceden en esos momentos, y a qué velocidad; como si uno tuviera que procesar y ordenar una cantidad infernal de información; como si para encontrarse con alguien uno necesitara información.

## 2

Cruzamos a la plaza. Mientras elegimos el banco aprovecho para estudiarlo: su cuello está más largo, su piel más oscura, sus brazos más fuertes y su pelo más rebelde; tiene una forma de caminar diferente y no hay arrugas.

Nos sentamos en un banco de piedra y nos quedamos mirando la iglesia entre los árboles, el inclasificable color del jacarandá. Parecemos dos pastos secos esperando un viento, algo que decida. Marcos me ofrece agua del fondo de una botella. Yo le ofrezco un cigarrillo.

—¿No fumás más?

Piensa. Tuerce la cabeza y levanta las cejas.

—Ese gesto tuyo lo tengo —digo, y vuelvo a arrepentirme y él vuelve a bajar la mirada.

Compartimos el cigarrillo. En los primeros dos o tres silencios pienso excusas para irme. Después me distraigo con la gente. No quiero preguntarle nada, no me interesa.

—¿Ahora creés en Dios? —pronuncio.

Me observa, sonrío. Asiente, no sé para qué, y dice:

—¿Cómo te estuvo yendo?

Le cuento que sigo en filosofía como ayudante de cátedra, que paso todo el día en la facultad, que sigo en el centro de estudiantes y que mi padre murió hace un año.

—¿Cómo no me avisaste? —dice.

Marcos y yo hicimos el secundario juntos, entramos a filosofía juntos y militamos juntos; teníamos un grupo de estudio en la casa de su madre, adonde nos reuníamos a leer a Marx y nos olvidábamos del tiempo y de las horas y se hacía de día y seguíamos con cosas que decir. Como si las palabras tuvieran el poder de dismantelar la Historia. A veces mi padre, el Pelado, pasaba con un vino y nos hablaba del Partido Obrero y siempre, siempre, antes de irse, contaba la anécdota de cómo había conocido a mi madre en una movilización a principios de los setenta. Alguna vez imaginamos que mi padre y la madre de Marcos se enamoraban y que él y yo pasábamos a ser

hermanos. Ya éramos hermanos. Yo había heredado un Renault de mis abuelos y lo buscaba en su casa; llegábamos a la facultad juntos. Una vez conocimos a dos mellizas de letras; juntamos dos camas y ellas se pasaron la noche hablando de literatura rusa. Al poco tiempo Marcos empezó a faltar. Un día lo pasé a buscar y se subió al auto sin su mochila. Cuando iba a arrancar me dijo que esperara, que no iba a seguir con la carrera. Me acuerdo de ese momento como si fuera ayer, como si fuera hoy, el momento en que dejó caer los ojos para decir:

—Dejo todo.

Ahí fue que empezó a desaparecer; se tomó todo el tiempo del mundo, pero era incuestionable, había empezado a irse. No fue de un día para el otro, se alejó de a poco, como si cada día retirara un jugador de la cancha. Y de pronto, eso sí fue en un abrir y cerrar de ojos, dejamos de hablar. Recuerdo que alguien del centro de estudiantes me preguntó por él y yo respondí que no sabía nada, que la gente va y viene, que las caras no son lo importante, que lo importante es el movimiento colectivo.

Me vi diciendo eso varias veces.

Ahora, seis o siete años después, sin haber recibido ni un mensaje y sólo habiendo escuchado algún comentario al pasar sobre su vida, la historia nos encuentra en esta plaza, más bien en esa iglesia. Y ahí estoy yo, entre queriendo irme y esperando que él diga algo. Nadie dice nada, sólo fumamos. Fumamos y de cuando en cuando sonreímos porque la mirada se nos cruza. Parece que estuviéramos dejando pasar, representados en unos pocos minutos, todos los años que se nos fueron entre medio.

—¿Qué hacés por Belgrano? —me pregunta de pronto.

—¿Qué hago en Belgrano? —repito.

Nos observamos, él se ríe, yo no puedo.

—No sé —digo.

Marcos asiente, como si entendiera.

—¿Vos?

—No sé —dice, y en seguida se vuelve a reír y yo bajo la mirada, a ver si se arrepiente.

Pasan unos segundos, tal vez unos largos años.

—Atravesé media ciudad caminando —dice.

Respira para seguir hablando, parece que va a seguir hablando, no debí haber preguntado nada.

—Estoy viviendo en San Martín, en la parte de arriba de un taller.

Me mira, busca mi atención. Le sonrío, porque sí.

—Tengo una amiga —sigue—, se llama Lola, es bailarina, tiene pelo en las axilas...

Asiento, como si quisiera darle a entender que sí, que entendí lo que me quiso decir. Me siento condenado, dando permiso a una historia que, si tengo que ser honesto, no quiero escuchar.

—Empezó a pasar algo, hace tiempo, y nos estamos viendo, con Lola. Hoy dormimos juntos otra vez y cuando me levanté a la mañana no estaba. No estaba ella, pero sí sus cosas, tiradas en mi cuarto.

Marcos hace una pausa y da una pitada larga al cigarrillo. Recorre la plaza con los ojos, como si quisiera perderlos por ahí; no entiendo cómo llegamos a esto, no entiendo cómo es que él llega a decir:

—En el cuarto de al lado vive Alan.

—¿Alan? —¿por qué pregunto?

—Alan y yo... —y se interrumpe.

En la plaza empiezan a armar la feria de artesanías; junto al monumento hay unos hombres, envueltos en una nube marrón, pasándose unos paquetes.

—Me quedé un rato esperando que Lola volviera — Marcos no va a dejar de hablar—, y me sentí abandonado, ¿podés creer? —ahora, además de hablar, suspira—, y empecé a imaginar que se había metido en el cuarto de Alan.

—¿Por qué? —como si me interesara.

—No la conocés a Lola...

—Y... No.

—Yo tampoco la conozco tanto, pero con ella todo es posible...

De pronto, como una trompada, me ataca la sospecha de que todo está a la vista, como si Marcos y esta plaza y esa iglesia fueran parte de un mundo en donde todo se volvió visible, un mundo donde ya nada puede ocultarse y todo debe decirse.

—Después empezaron a coger —sigue el cuento—, los escuché a través de la pared.

Yo, la verdad, no sé qué cara pongo, pero entiendo que algo hay que decir.

—Sentí asco —dice Marcos—, mucho asco.

—¿Asco?

—Le había pedido a Alan que con Lola no... Sabía que podía pasar, porque con Lola puede pasar cualquier cosa, y con Alan... con él también.

—Ah...

—Pero le pedí que no, que con Lola no...

Asiento, mi cabeza asiente, alguien dice que sí.

—Los escuchaba coger, los gemidos, la respiración, los



movimientos, y sentía mucho asco, una náusea en todo el cuerpo.

—¿Y qué hiciste?

—No me podía quedar ahí, tuve que salir a caminar.

Marcos me observa, como para ver si entiendo. Hace una serie de gestos, como para encontrar palabras y explicarse. Yo asiento, como si entendiera, como si ya no precisara explicaciones, como si me interesara.

Chupa el final del cigarrillo y se queda mirándolo.

—Está rico.

—¿Querés otro?

—Como cuando estás a punto de vomitar —agrega—, así me sentía.

Tira la colilla en el piso y la aplasta. Después mira hacia la iglesia y los árboles se mueven.

—¿Cómo se llamaba esta iglesia? —dice, recoge la colilla y me la da.

—La Redonda —digo y agarro la colilla, y la sostengo en la mano sin saber qué hacer.

Nos quedamos callados un rato. Pienso que Marcos va a querer terminar su historia. Espero, aunque aclaro, no me interesa.

—No sé qué hacer —dice.

—No sé qué decirte —le digo.

Sonríe, como si yo lo necesitara, y aclara:

—No me tenés que decir nada.

Estoy por preguntarle, entonces, para qué me contó...

—Me tengo que ir —me escucho.

—¿Ya?

—La próxima te cuento yo —me levanto.

—Dale —titubea—, nos vemos en un año.

## 3

Pasa un año. Otra vez la primavera con su frío traicionero. Otra vez el innombrable color del jacarandá y los ciudadanos esperando un calor que parece no querer llegar. De Marcos no sé nada desde el encuentro en la plaza. A fines de octubre camino otra vez por Belgrano y me desvío unas cuadras para pasar por la Redonda. Van a ser dos años de la muerte de mi padre y estuve pensando en él; creo que por eso se me ocurre ver la cúpula de la iglesia desde adentro.

Cuando era chico mi padre me llevaba de viaje arquitectónico a esos lugares que, decía, uno no se podía perder. Así me llevó engañado a Alemania, con la excusa de visitar una fábrica de chocolates, en verdad para mostrarme la catedral de Colonia. En la escalinata de la catedral encontré un pin de Marx tirado en el suelo. Para subir al avión, por el metal, me lo tuve que sacar.

Me detengo en la fuente de agua bendita. Esta fuente, pienso, debe tener un nombre sagrado. En las iglesias todo tiene nombre, hasta el chirrido de los zapatos en la baldosa debe tener un nombre. Para ver la cúpula desde abajo tengo que acercarme a la zona del altar, pero veo que hay un señor de blanco agitando un pote con humo; supongo que preparan una misa y la verdad no quiero entrar en esa nube. Me pregunto cómo se sentirá estar en una misa, cómo será creer, pertenecer, cómo será no ver las cosas desde afuera.

Miro hacia donde encontré a Marcos hace un año. El banco está vacío.

Me siento y me doy cuenta de que la iglesia es redonda.

Qué estupidez, no lo había notado. Es decir, sí lo había notado, pero no me había dado cuenta de que el edificio es redondo y que además la iglesia se llama La Redonda. Me río pensando que se trata de una revelación, una epifanía. Saco un cuaderno y me pongo a escribir. No conozco otras iglesias redondas, anoto. En el altar hay un bajorrelieve que representa la última cena. Debajo del altar, Jesús está cenando; encima del altar, ya está crucificado. El paso del tiempo. A la izquierda carga la cruz y al lado cae por segunda vez; después carga a un nene en brazos y muestra su sagrado corazón; a la derecha, crucificado, pero abajo naciendo, al mismo tiempo; todos esos momentos de su vida en las paredes, y como la iglesia es redonda da la impresión de que todo sucede al mismo tiempo, como si el nacimiento y los doce pasos a la cruz estuvieran girando. El mito da vueltas, escribo, y leo en la pared: *Ex his rosas misterius, sic deus dilexit mundum.*

Tengo que volver a cursar latín, pienso, o escribo, y en un cartel San Francisco dice:

—Perdona Dios por mi pecado de tristeza.

¿La tristeza es un pecado? A media altura entre el piso y la cúpula hay una media-sombra con restos de techo que se descascara; la luz del sol se proyecta en la red con la forma de una medusa. En un marco dorado un señor pintado lee; debajo dice: MARCUS. Se oyen el ruido de la calle y las cotorras, pero aun así me parece estar en una burbuja de silencio. Es un silencio como del espacio, horroroso. Las iglesias son burbujas, pienso, o escribo, porciones del espacio exterior. Si a esta iglesia le dicen La Redonda porque es circular, anoto, voy a tener que confiar más en que las cosas son lo que dicen ser. Las cosas se

llaman como lo que son. Marcus, el santo, está justo encima de donde se sentó Marcos el año pasado. ¿Coincidencia o milagro? La virgen es una alcancía y esa media sombra es una tela de araña. Una trampa. Quieren nuestro dinero, escribo, quieren nuestra sangre. ¿Cuántos obreros habrán muerto para levantar este edificio, esta nave de silencio, esta burbuja sagrada?

Se acerca el cura con el humo, pienso que debe ser opio. Nos drogan y nos meten información, escribo, como si para encontrarnos con Dios necesitáramos información.

#### 4

A la noche me quedo a dormir en la casa de mis amigos marxistas; desde la retirada de Marcos las reuniones se hacen ahí. Me dan un cuarto porque hay alguien de viaje; en mitad de la noche despierto con una pareja cogiendo en la habitación de al lado. Me desvelo. Parece que estuvieran dando martillazos contra la pared, suenan como chimpancés enfurecidos, dos mercenarios negociando el destino del mundo.

Pienso en San Marcos y no sé por qué pienso en Marcos. Pienso en la historia que me contó hace un año, la bailarina con pelos en la axila y su amigo traidor estrellándose contra las cosas. Pienso en ese asco cuando los escuchaba hacer el amor. Coger. Escucho ese sonido, los martillazos, los gemidos, siento asco.

Asco.

¿Qué es el asco?

Siento algo y no sé qué es o no sé cómo nombrarlo. Me

incorporo en la cama. Ganas de vomitar. Una náusea. Es como si los gemidos me rasparan, como si sus respiraciones estuvieran dentro de mi cuerpo.

Salgo del cuarto. Me quedo en el pasillo, agarrado de la pared. Camino hasta el living. Una de las chicas lee en el sillón, con las piernas recogidas, un libro de Bolaño. Hay poca luz. Su hija, de tres años, duerme sobre su falda. Me siento al lado y ella, como si le hubiera pedido, me lee:

*—Juraría que lo vi sentarse en el mismo banco, como si yo aún no hubiera llegado, aún no hubiera empezado a cruzar la plaza, y él estuviera esperándome y reflexionando sobre su vida y sobre la historia que el destino o el azar lo obligaba a contarme.*

Me la quedo mirando. Debo tener alguna cara.

—¿No podés dormir? —me pregunta.

—Me despertaron los de al lado.

—A mí también.

Me estudia.

—Qué cara de asco —me dice.

—¿Tengo cara de asco?

—Yo diría que sí.

—¿Qué es el asco?

Se queda pensando.

—En principio, diría que es una palabra.

Nos reímos.

—¿Sabés quién es San Marcos? —le pregunto.

—En principio, diría que es un nombre.

Sonríe, entiende que necesito algo más.

—Un santo, será.

—Sí, un santo —repito—, qué asco.

Ahora es ella quien se queda mirándome, como si

quisiera descubrir algo. Deja el libro y agarra su celular, que quedó trabado en la mano de su hija; al sacárselo, la nena se empieza a mover y después se refriega la cara. Ella busca en la web. Se inclina hacia mí y me muestra en el celular una imagen: un león amarillo sobre un fondo rojo.

—¿Un león? —digo.

—Puse *San Marcos* y apareció el león.

Después lee algunas cosas. Una, que el santo murió en las calles de Alejandría, arrastrado del cuello con una cuerda. Dos, que como no fue discípulo directo de Jesús su evangelio está desordenado.

—Mentiras desordenadas —digo, y me arrepiento.

Ella baja la mirada. Algo está fuera de lugar: soy yo quien se arrepiente, pero es ella quien baja la mirada.

La nena se termina de despertar. Abre los ojos y lo primero que hace es intentar sacarle el celular a la madre. Ella le dice que no y la nena pregunta por qué. Ella le explica que lo estamos usando, la nena vuelve a preguntar por qué.

—Porque queremos saber cosas.

—¿Por qué?

—Porque nos interesa.

—¿Por qué?

La madre se queda callada un momento. Después me mira, suspira, me hace un gesto como de que no le queda opción, y responde a su hija:

—Porque dice Dios.

La nena infla la boca con aire y se queda pensando. O haciendo cálculos. Después se baja de la falda de su madre y se va por el pasillo con los brazos tensos.

—¿Se enojó? —pregunto.

—¿Sabés el tiempo que invierto en explicarle el por qué de las cosas?

Asiento.

—Al final siempre le termino diciendo que porque dice Dios.

—Todo termina en Dios, ¿no?

Asiente y sonrío, como felicitándome, como si por fin me hubiera dado cuenta.

## 5

Al día siguiente consigo el teléfono de Marcos y estoy todo el día a punto de llamarlo. Marco el número al menos dos veces. Al menos dos veces me confieso que no quiero hablar con él.

A la tarde salgo de tomar examen y lo encuentro en la puerta de la facultad. Coincidencia o milagro.

—Me acordé de un profe de latín que me gustaba —me dice en secreto, como si nos hubiéramos visto ayer.

Quiere sentarse a conversar en un umbral de la vereda de enfrente. Le digo que estoy apurado, pero insiste. Nos sentamos. Yo miro el reloj y él saca de su mochila un paquete de tabaco.

—Probá uno de estos —dice, y enrolla dos cigarrillos.

—Qué velocidad.

—En un año pasa de todo, amigo.

Fumamos en silencio. Pasa su mano por encima de mi hombro y dice que está nervioso, que ni sabe si al profesor le gustan los tipos; pero que como sea se va a mandar. Lo observo. Está igual a como lo vi hace un año. Sigue flaco y

radiante y su piel como sin invierno.

—Estoy medio apurado —empiezo a decir.

—¿Cómo estás? —interrumpe.

Le cuento que hace unos días hicimos un asado con los del grupo y que alguien lo mencionó. No le digo que fui yo quien lo mencionó. Le cuento que seguimos juntándonos, pero que ya no llegamos despiertos a la mañana. Después le comento como al pasar que escuché a una pareja cogiendo y que me acordé de él y de su historia con la bailarina.

—¿Cómo se llamaba?

—Lola.

—Sentí asco —digo—, y me acordé de vos.

Se me queda mirando.

—¿Y qué hiciste? —pregunta.

—No supe qué hacer, me escapé.

—¿Sabés qué hice yo?

—¿Con qué?

—Con ellos.

—No...

—Alan y Lola siguieron cogiendo. Yo a ella no la pude volver a tocar, y a él no lo podía ni ver. Le pedí a Alan que se encontrara con ella en otro lado, pero no me dio bola, la siguió trayendo al taller.

—¿Por qué no te mudaste?

—No tenía adónde.

—Me hubieras llamado.

Se ríe.

—Una mañana me desperté y estaban dándole, cogiendo, animal. Muy animal.

Marcos sonrío y sus ojos hacen un resplandor. Creo que



espera que le pregunte, y bueno, le pregunto:

—¿Qué pasó?

—Salí de mi cuarto y me acerqué adonde estaban. No estaban en una habitación, estaban atrás de unas telas. Me senté en el piso, atrás de la tela. Del otro lado estaban ellos. No sé cómo explicarte la sensación que tenía en el cuerpo.

—Ya sé.

—¿Sabés?

—Sí, como una náusea.

—Sí, algo así, como una náusea.

Nos quedamos mirando un momento, como si creyéramos, al menos por un instante, que los dos sentimos lo mismo y que algo de esa náusea nos hermana.

—¿Entonces? —lo apuro.

—Cerré los ojos y esperé. Al principio los gemidos y todos los ruidos que hacían eran como golpes, era horrible. Pero me quedé ahí, respirando, como si dejara que el sonido de ellos pasara por mi cuerpo, por todo el cuerpo, ¿entendés?

Asiento.

—Y se fue...

—¿Qué cosa?

—El asco. Estuve un rato, y el asco se fue.

## 6

El profesor de latín sale de la facultad.

—Es él —dice Marcos, me da su cigarrillo y cruza la calle corriendo.

El profesor se detiene a hablar con unos africanos que

venden joyas en la vereda. Marcos se para entre dos autos y espera. Una chica se acerca y se le pone a hablar. El profesor se aleja hacia la avenida y Marcos no sabe cómo sacarse a la chica de encima. Gira hacia mí, pidiendo auxilio.

No hago nada. Ella le sigue hablando y él, después de unos segundos, me vuelve a mirar.

Cruzo corriendo y me hago el sorprendido. Saludo a la chica como si la conociera. Ella me responde como si me conociera. Le ofrezco uno de los cigarros, creo que el de Marcos. Ella pregunta si es tabaco y le digo que es marihuana; se queda confundida y ahí Marcos aprovecha y se va detrás del profesor. La chica ahora parece que me conoce de toda la vida y resulta que le tomé examen hace un rato. Me habla de la pregunta sobre el Capital mientras yo veo cómo Marcos se acerca al profesor de latín y le toca el hombro. El hombre, enterrado en un saco marrón, con libros bajo el brazo, se da vuelta. Ella me sigue hablando. El profesor le hace a Marcos un gesto como para alejarse. Caminan hacia la avenida y los pierdo detrás de una camioneta. La chica se despide y vuelvo al umbral de enfrente, desde donde alcanzo a ver a Marcos, parado en la esquina, hablando con el profesor, que quedó del otro lado. Después de un momento, veo la mano del profesor que le da a Marcos un papel. Marcos se queda viendo el papel y los autos, los colectivos, el mundo, pasan detrás.

*Como a una rosa misteriosa, así ama Dios al mundo.*

Siento algo, algo que no sé cómo se llama. Marcos vuelve corriendo y cruza la calle como un nene. O como un perro. Me palmea en la espalda y pregunta:

—¿Y mi cigarro?

—Fue sacrificado por la causa.

Se me queda mirando.

—Adiviná —dice—, esta noche tengo cita en latín.

—Estás contento —le digo.

—Me alegra verte, me alegra que nos veamos una vez por año.

Casi le digo que estuve a punto de llamarlo. Pienso que tendría que preguntarle en qué anduvo, además de cazando profesores de latín, si se acuerda de las mellizas de letras, de qué trabaja y qué pasó con su vida. Por qué ese brillo, de dónde lo saca, de dónde viene.

—¿Te confieso algo? —dice.

—No soy un cura —respondo—. ¿Cómo hacés para mantenerte así de flaco?

—Tengo un secreto, pero te lo revelo el año que viene.

Armamos una segunda ronda de tabaco y nos quedamos mirando a la gente salir de la facultad mientras el cielo se pone oscuro.

—Vas a aprender latín —le digo.

—Finalmente, siempre me costaron las declinaciones.

Nos reímos.

—Yo estoy sacándole chispas al alemán —cuento.

Me vuelve a abrazar y yo me siento como una roca.

—*Ich liebe dich* —intenta decir, y me aprieta los hombros y después los brazos.

—Eso dicen todos.

Después de un buen rato de silencio, el cielo se pone

indudablemente oscuro. No sé de dónde, no sé por qué, digo, torpe o confuso:

—Me podrías haber contado de tus declinaciones.

Marcos me mira como si no supiera de qué hablo.

—Podías confiar en mí —mientras las palabras salen me voy arrepintiéndome y él va bajando más y más los ojos, como si los dejara caer por un barranco.

La confesión es una avalancha, anotaría, es como soltarlo todo.

—No había nada que contar —dice.

—¿Como que no había nada que contar?

—¿Qué te iba a contar?

—Que te gustan los chabones.

—¿Quién dijo que me gustan los *chabones*?

No sé qué decir. Me lo quedo mirando. No sé cómo se dice lo que hay para decir, así que hago silencio y me siento apenado. O algo así. Y él, como si nada, se vuelve a poner contento.

—¿Qué te pasa? —le digo—, ¿estás drogado?

—No, boludo —dice—, ¿estás enojado?

—¿Por qué voy a estar enojado?

—Porque no nos vimos en mil años... Porque no te llamé, porque te traicioné...

—¿Y si estuviera resentido qué pasa?

—Yo no dije *resentido*.

—Sí, dijiste *resentido*.

Me observa, desde algún lado, como si hubiera visto algo, en algún lado.

—Okay —dice—, si estuvieras resentido...

—¿Qué?

—Nada...

—¿Qué? —me empiezo a poner nervioso.

—Seguro detrás de resentido estarías otra cosa. Y detrás de esa otra cosa, otra cosa.

Me quedo un momento en silencio y Marcos se distrae. O soy yo el que se distrae.

—*Alea jacta est* —dice él de pronto.

—Tu pronunciación en latín es peor que en alemán —le digo.

Y no hablamos más por uno o dos minutos, como si no se supiera para dónde ir, para dónde quiere ser llevada la cosa. La partida queda en suspenso. Puede ser que ese resentimiento (si existe) oculte otra cosa. Qué otra cosa, en este momento no es visible, y tampoco me interesa descubrirla, porque esa nueva cosa, de existir, ocultaría a su vez otra.

—No sé quién sos —dice, y apoya una mano sobre mi hombro.

—¿Cómo no sabés quién soy, boludo? Soy yo.

—¿Quién es *yo*?

Me mira como con picardía o acidez o no sé qué.

—¿Qué te pasa? —le digo.

—¿Cómo qué me pasa? ¿Qué te pasa a vos?

Nos miramos, nos callamos, queremos ver el mundo, pero ya es de noche; queremos fumar, o iluminarnos, pero ya se apagó todo.

—No sé qué decirte —digo.

Hago una pausa y agregó:

—Te extrañé.

## YO, CUENTO

(BASADO EN UNA HISTORIA IRREAL)

*Las historias tienen una especie de sistema inmune que las mantiene intactas por la mayor cantidad de tiempo posible.*

Charles Eisenstein

Ahora voy a hablar de una serie de conversaciones con mi amigo R. Tengo que aclarar que cuento con su permiso, y con el de sus fantasmas. Tengo que aclarar también que, aunque todo esto sea realidad, también se trata de una historia. Es un cuento, y me doy cuenta porque lo cuento.

Nota: he estado reflexionando acerca de lo que podríamos llamar la condición narrativa de lo humano. ¿Por qué nos contamos historias? ¿Para qué? La investigación avanza y se sutiliza: el galpón humano y sus secretos recovecos. En el afán de comprender, en la tarea de tomar y tachar algunas notas, cometí uno de esos errores que son escenario para la revelación. Cuando quería escribir *yo cuento*, escribí, sin darme cuenta: *yo, cuento*. Con una coma entre las dos palabras. *Yo-coma-cuento*. Con la coma entre las palabras, observé, *yo* y *cuento* dejan de sonar como dos entidades diferentes (un sujeto y su verbo), y pasan a sonar como lo mismo, como si *cuento* fuera aclaración de *yo*. No es que yo cuente, sino que yo soy cuento. Somos lo mismo, cuento y yo, sólo por una coma. Una coma, un punto, la puntuación en general puede cambiarte la película. Si decís *me siento mal* es una cosa, pero con una coma, mirá lo que pasa: *me siento, mal*.

¿Qué suena en esta segunda opción? *Mal* puede ser leído como una forma de indicar no ya maldad, sino intensidad. *Sí, mal*, así decimos, como quien dice: *Sí, totalmente*. Entonces *me siento, mal* sería *me siento, mucho*.

Ojalá R hubiera podido comprenderlo. Digo: ojalá lo hubiera comprendido más temprano en la serie de batallas (o conversaciones) que libró con sus fantasmas. Aunque si lo hubiera visto antes, pienso, si R hubiera sabido poner la coma antes, este relato no habría existido.

Toda la aventura constó de sólo tres encuentros. Así arrancó el último:

—¿Cómo estás? —me preguntó R después de un abrazo.

—Bien.

—¿Cómo estás? ¿Bien? Eso es lo que *decimos*.

Subíamos al ascensor, recién estábamos entrando. R había llegado temprano a mi clase y teníamos unos minutos para conversar.

—Sí —creo que dije—, ¿qué quieres que te diga?

Ahí no sé qué pasó. Llegamos arriba y me tomé un momento para ver qué le decía acerca de cómo estaba. Porque mi *bien* no le alcanzaba y a mí, la verdad, tampoco. Cerré los ojos y me toqué el pecho (no sé por qué, en ese momento, pensé que no quería burlarme de mí mismo); dije algunas cosas y cerré:

—Me alegra verte.

Estábamos en la cocina, yo contra una mesada y él contenido, o atorado, en el marco de la puerta.

—¿Y vos cómo estás? —le pregunté, ofreciéndole media manzana.

Él la agarró, la observó y se dispuso a responder. (R dice que responder es morir y que morir es la eternidad, pero

esa es otra historia). Antes de contarte qué dijo, te tengo que contar algo que pasó unos días antes. Fui a visitar a R a su casa (hoy llama *mi casa* a la casa de los padres); nos instalamos en la terraza, donde dos perras labradoras exigían cariño y estacionaban sus cabezas en mi falda. Creo que fue el primer día de calor del año, algo empezaba a querer brotar o a querer derretirse. Ahí estábamos, en casa de sus padres, donde supuestamente él estaba de paso, donde supuestamente tenía un cuarto lleno de polvo en el que no podía estar a gusto. Esto me lo había contado en mi casa, unas semanas antes, cuando también me contó que al separarse de la que fuera su novia había entrado, él, en un lugar extraño, diferente, acaso oscuro. Oscuro, para mí, era desconocido: nunca había visto a R así de frágil, él que parecía un guerrero, o un mago, o un héroe; cuando le dije que me hacía bien verlo así, creo que le dije *frágil*, nos pusimos a llorar. Unas semanas después de la cena en mi casa, estábamos en la terraza de sus padres, comiendo nueces y tomando mate.

Preguntarnos cómo estamos, para nosotros, parece ser una decisión peligrosa; no nos alcanza con:

—Bien.

O con:

—Mal.

Ni siquiera:

—Más o menos.

—¿De verdad querés saber cómo estoy? —deberíamos preguntarnos.

Entonces ahí, en esa terraza, le pregunté cómo estaba. R, disponible o acorralado, me contó que seguía en *la película*.



—En la misma película —creo que dijo.

Estaba sentado con los brazos colgados entre las piernas; sus hombros hacia abajo y, no sé si es mi opinión, un exceso de relajación muscular. Dijo, o repitió, que ahí en casa de sus padres no se podía concentrar, o enfocar, o trabajar. Creo haber registrado, cuando comenzó a contarme, que por mi mente pasaba, o paseaba, el pensamiento:

—Sigue en la misma, no puede ser.

Pero sí, era. El guerrero repetía la historia de su derrota. Quise abrazarlo, pero no supe cómo. Nos habíamos abrazado hacía poco, así que supuse que tenía que esperar. ¿Cómo saber si es momento de abrazar o de esperar?

R continuó la historia que había comenzado en mi casa la otra noche. Cuando me contaba, no me podía dar cuenta de si él quería que yo hablara. Tenía la impresión de que su relato era un complejo y delicado mecanismo. Un inocente comentario podía hacer que todo se viniera abajo. No sabía, no podía saber, si eso sería un doloroso derrumbe o un delicado desmantelamiento.

—Qué bueno contarte algo —me dijo R, aún con la manzana en la mano—, y que no creas que tenés que hacer algo con eso que te cuento.

Ahora estamos de vuelta en la previa de la clase. Era interesante, sabíamos que el resto estaba por llegar y que no teníamos todo el tiempo del mundo para hablar; algo de esa presión parecía dar a nuestra charla una cualidad precisa, fulminante.

—Sigo en esta historia —dijo R, ahora de nuevo en casa de sus padres—, siento que no puedo, que así no puedo,

necesito un lugar, una casa donde vivir, donde sentirme a gusto, donde poder encontrarme con gente.

—Pero ahora te estás encontrando con gente... conmigo.

Tiempo.

—Sí —dijo, con vértigo.

—Y tus papás, ¿tienen problemas con que traigas gente?

—No —respondió, como confirmando su vértigo.

Ahí, en algún momento, R me trajo un almohadón de más arriba que la terracita en la que estábamos; yo dije algo en relación a su cuarto y señalé hacia ahí, hacia arriba, más allá de una bonita escalera caracol. En cuanto al tema de su cuarto, para armar toda la historia tengo que volver a esa noche en mi casa. Cuando la novia le dijo a R que ya estaba, más o menos al mismo tiempo (o lo suficientemente cerca en el tiempo como para que la mente de R definiera *al mismo tiempo*), su compañera de casa, o la persona que le alquilaba, le pidió a R que se retirara. Así fue que él cayó (no sé si dijo lo de la caída, pero seguro lo sintió como caída) en casa de sus padres. Cuando me contó esta parte le dije algo así como que la idea de volver a vivir a casa de los padres es como un estereotipo, o arquetipo, o algún tipo de tipo, de la idea de fracaso. Es difícil imaginarse contándole a alguien *volví a casa de mis padres* y no imaginar, inmediatamente, en ese otro que escucha, el intento de evitar una mueca de desilusión.

Hay historias que se cuentan tanto, y son tan funcionales a todo un aparato de creencias, que se vuelven símbolos, mitos, situaciones excesivamente significadas; cosas para las que ya se sabe demasiado cómo reaccionar.

Entre las cosas que R me contó, una de las principales fue que su cuarto, el cuarto con el que contaba ahora en casa de sus padres, tenía mucho (*mucho*) polvo. Tanto, dijo, que no se podía estar. Semanas después, ahora en la terraza de sus padres, no sé por qué, no sé cómo o en qué raptó de inspiración, le dije:

—¿Puedo ver tu cuarto?

Desearía recordar con qué cara me dijo que sí. Subimos por la escalera caracol y, cuando entramos, no la pude creer. Lo miré, lo observé, intentando entender o esperando una explicación. Las paredes eran de un ocre precioso, cálido, amigable; el ventanal daba a un balcón con jazmines y después a los árboles y al cielo; había una mesa, una computadora y algunas cosas más.

—¿Y el polvo? —tuve que preguntar.

Imagino (porque no recuerdo) que ahí se le cayó la cara. Imagino que su cara rodó por la escalera caracol y que fue devorada por las labradoras. Por mi parte, no sabía cómo ocultar la sorpresa. Había, sentía, una especie de cortocircuito perceptivo.

—Bueno —supongamos que dijo él, y bajó a buscar algo y yo me quedé solo y me senté, creo, intentando entender si ese era el mismo lugar que R había descrito.

—Qué lindo color de pared.

—Sí, es lindo —tuvo que admitir, ya sonriendo, como si una parte de él empezara a ver más allá de algo; como si uno de los nenes de su grupo ya se hubiera trepado a la empalizada, como si ya se viera un poco más allá del muro.

—¿Y el polvo? —insistí.

Él pasó el dedo por algunas superficies, y mostrando su dedo limpio dijo:

—Te juro que había mucho polvo.

Empezábamos a reírnos, y más tarde, como si fuera parte del mismo temblor, sobrevino el llanto.

—Podés sacar esas bolsas —le sugerí—, y bajar el colchón que no usás.

—Pero la mesa me queda chica.

—Ahí tenés unos caballetes, mirá, podés poner una tabla.

—De hecho —se dio cuenta—, abajo hay una mesa grande que me gusta mucho y nadie usa.

—¿La podés subir?

—Sí.

Todo esto antes del llanto, porque estas líneas, estas palabras, dibujaron el camino al llanto.

—¿Decís que puedo sentirme bien estando acá?

—Sí, digo. Por lo menos, digo.

Ahora estábamos sentados sobre una manta peluda con la imagen de un bonito tigre amarillo. Y él observaba el lugar como si nunca lo hubiera hecho.

—Qué fácil es quejarse, ¿no?

—No sé.

La noche se nos había caído encima. Una noche primaveral con olor a jazmín y paredes ocre. No sabría cómo nombrar, si se pudiera nombrar, el asombro en la cara de mi amigo R, que miraba la habitación como si fuera que saliendo de una larga noche. La noche, pensé, también es una historia. El polvo, acaso un cuento.

—Todo empezó cuando nos separamos de S —contó—. Empecé a pensar que la había cagado, que había algo en mí que estaba mal.

Después, o antes, en algún momento, ya en medio del llanto, dijo:

—Creo que estoy tocando un fondo.

Y más o menos por ahí llegó el momento de otro abrazo. Nos abrazamos y R lloró.

—No hay mucho polvo, ¿no? —dijo.

Unos días después, de vuelta al momento en que R está en el marco de la puerta con esa media manzana en la mano, a minutos de empezar mi clase, cuando le pregunto cómo está me cuenta que se cuenta (así lo dice, que *se cuenta*) que está mal por un dolor que tiene en una pierna. Cierto, me había dicho, tuvo algo así como un desgarro.

—Siento que con la pierna así no me puedo concentrar, enfocar...

—Qué curioso —casi le digo—, las mismas cosas que te pasaban cuando tu cuarto estaba lleno de ese polvo.

—Hoy me senté a trabajar —sigue—, y me dolía mucho...

Lo escucho. Lo escuché. En algún momento nos reímos y ahí le pregunté qué pensamientos tenía cuando le dolía. Dijo que le molestaba que le doliera, y que no lo dejaba enfocarse, o algo así, y después esto de que le gustaba contarme algo y que yo no tuviera necesidad de decir nada. Dijo que, si les contara a sus padres del dolor de pierna, ellos dirían de todo.

—Pero vos no me decís nada.

—Yo te hago preguntas —dije.

—No nos damos cuenta, pero el narrador está narrando todo el tiempo.

Eso no sé quién lo dijo.

—A veces ni lo oímos, pero el relator relata. Porque para eso está. El relator relata, el narrador narra, el pensador piensa...

—La mente menta.

—Muy bueno, sí, la mente menta

—O miente.

La conversación, así, se fue poniendo más y más brillante. Acaso fueron los ojos de R los que brillaron. Ahora él me escuchaba y yo hablaba, pero sin hacer ningún esfuerzo; como si fuera él quien estuviera hablando. O era él quien hablaba y yo quien escuchaba. Tal vez, pienso ahora, nos estábamos comunicando.

—Comunicarse —dijo R—, es tocar.

—¿Tocar al otro? —pregunté.

—No sé.

—¿Tocarse?

—Puede ser.

Tocaron el timbre. R hizo un gesto como de buscar las llaves, pero se detuvo.

—¿Te puedo confesar algo? —dijo.

Me lo quedé mirando.

—¿Ahora me pedís permiso? —dije.

Sonrió.

—Es que ahora quiero decir algo de vos.

—Ah... —dije—. Bueno.

Se liberó del marco de la puerta y miró el resto de su manzana. No sé cuándo la había comido, pero ahora sólo le quedaba ese oxidado alrededor de las semillas. Observando las semillas, dijo:

—Me molesta pensar la posibilidad de que te intereses por mí, o por lo que me pasa, sólo porque después vas a escribir un cuento sobre eso... Con eso...

—Oh —dije.

—Sí —dijo él—, lo dije.

—No sé qué decir... Me gustaría decirte que no, que no es así.

—¿Es así?

—Creo que no estoy seguro. No sé cómo es...

—Okay.

—Puede ser que tengas razón, que te escucho porque me sirve, que sólo te escucho porque quiero hacer algo con lo que me contás. Usar tu historia... Pero ahí me pregunto: si no usara tu historia para escribir un cuento, ¿no la estaría igual usando para algo? ¿Puedo no usar lo que me contás?

R se me quedó mirando.

Yo me quedé mirando lo que había dicho.

Después de unos segundos, se me empezó a formar una pregunta. ¿Qué es escuchar? Cuando iba a hablar, en ese momento, empezó a soplar un viento. Primero fue un silbido que parecía iba a pasar de largo. Nos llamó la atención lo agudo del sonido; al vidrio de las ventanas también. Los truenos taparon a las bocinas y el cielo se puso negro en un minuto. Nos acercamos al ventanal, ya estaba lloviendo. Vimos en el balcón de enfrente a un perro que ladraba a la tormenta (inminente) y a una mujer que corría para atajar una toalla que se le había soltado de la soga.

## INVITACIÓN

Quería cerrar este libro con una invitación. Es decir, cerrar con una apertura. La invitación es múltiple. Por un lado, te invito a escribirme y contarme lo que quieras de tu experiencia de lectura. Te invito también a entrar en mi sitio web [www.jadasirkin.com](http://www.jadasirkin.com) y conocer algunos de los otros juegos en los que ando. Si el libro te atrajo o tocó o interesó, o una combinación de todo eso, o lo que sea, te invito a compartirlo con quien quieras: en mi página, donde dice REGALO, se puede pedir el libro para que te llegue de forma gratuita. Comparte este material con quien quieras. Otra invitación, para cerrar, para abrir, podría ser la de jugar con tus historias: poner atención a las historias que te contás, historias acerca de tu persona, historias acerca del mundo. ¿Qué te contás en cada momento? ¿Cómo afectan y determinan esos relatos a tus maneras de experimentar la vida? ¿Cómo sería dar aire a esos relatos? ¿Cómo sería usar esas historias como herramientas o escenarios para la investigación? Este libro, digamos, es una investigación. Una investigación en curso. Lo que tenés entre manos es la versión digital y gratuita de un libro que duplicó su tamaño y se hizo a la existencia en formato papel, por la editorial *Peces de ciudad*, con el título *Yo, cuento (y otros cuentos que pueden no cambiar tu vida)*. Si te suena conocer esa nueva versión



amplificada del libro, que tiene más del doble de los textos, te invito a entrar en mi web y chequear los puntos de venta en donde lo podés encontrar. Cualquier apoyo a mis movimientos creativos es bienvenido. Si lo que hago te resuena y te nace compartir y comentar y difundir y aportar y colaborar y participar y lo que sea que sientas para acompañar el movimiento de estas olas, adelante. Entonces, hasta acá con las invitaciones. Sólo queda agradecerte por adentrarte en estos bosques narrativos. Gracias por crear. Gracias por jugar.

Jada.